

MI TÍO EL JAGUARETÉ

—¿HUM? EH-EH... Sí. Sí señor. A-ha, si quiere entrar, puede entrar... Hum, hum. ¿Usted sabía que yo vivo aquí? ¿Cómo lo supo? Hum-hum... Eh. No señor, *n't, n't...* ¿Su caballo, sólo ése? ¡Ichi! El caballo ta manco, aguado. Ya no sirve. Achi... Pues sí. Hum, hum, ¿Usted vio este fueguito mío, de lejos? Sí. Ah, pues. Pase, usted se puede quedar aquí.

Ha-ha. Esto no es una casa... Sí. Hubo. Creo que sí. No soy hacendado, soy vecino... Eh, tampoco soy vecino. Yo — por todas partes. Toy aquí, cuando quiero me mudo. Sí. Aquí duermo. Hum. ¿Ñen? Usted es el que habla. No señor... ¿Usted va yendo o viniendo?

Ha, traiga todo para adentro. ¡Eré! Usted le quita los arreos al caballo, yo lo ayudo. Usted amarra el caballo, yo lo ayudo... Traiga las alforjas para dentro, traiga la bolsa, sus dineros. ¡Hum, hum! Sí, puede. Usted cipriuara, hombre que vino para mí, mi visita; ¿ia-ña? Bueno. Bonito. Usted se puede sentar, se puede acostar en el catre. El catre no es mío. Yo, hamaca. Duermo en hamaca. El catre es del negro. Ahora me voy a quedar en cuclillas. También es bueno. Soplo el fuego. ¿Ñen? Si ésa es mía, ¿ñen? La hamaca es mía. Hum. Hum-hum. Sí. No señor. Hum, hum... ¿Entonces, por qué no quiere abrir la bolsa, tocar lo que hay dentro? ¡Atié! Usted es un lobo gordo... Atié¹ ... ¿Es mío, algo? ¿A mí qué me importa? No le agarro sus cosas, no, no hurto, no. A-he, a-he, sí señor, yo quiero. Me gusta. Puede ponerla en el coité. Me gusta mucho...

¹ Variante: Axi, en el original.

Bueno. Bonito ¡A-ha! Esa aguardiente de usted es muy buena. Quiero una medida de a litro de ésa... Ah, muñamuñá, tonterías. Toy diciendo tonterías, muñamuñando. Toy a gusto. ¡Apé! Usted es hombre bonito, tan rico. ¿Ñen? No señor. A veces. La consigo. Casi nunca. Sé hacerla, yo la hago: la hago de nuez, de fruta silvestre, de maíz. Pero no es buena. No tiene ese fuego bueno-bonito, no. Da mucho trabajo. De ésa no tengo hoy, no. No tengo nada. A usted no le gusta. Aguardiente sucia, de pobres...

A-ha, el negro ya no viene. El negro murió. ¿Y yo qué sé? Murió por ahí, murió de enfermedad. Blando de tan enfermo. De verdad. Toy diciendo la verdad... Hum... Compañero suyo se tarda, llega mañana por la tarde. ¿Más? Sí señor, bebo. ¡Apé! Aguardiente buena. ¿Usted sólo trajo ese garrafón? Eh, eh. ¿Compañero de usted ta aquí mañana, con el transporte? ¿Será? ¿Usted ta con fiebre? Compañero seguro trae la medicina... Hum-hum. No señor. Bebo té de hierbas. Raíz de plantas. Sé encontrarlas, mi madre me enseñó, yo mismo las conozco. Nunca me enfermo. Llagas. Herida brava en la pierna, esas ciquirciras, curubas. Soy hierba mala, del monte.

Hum, no tiene caso buscar ya... Los animales se fueron lejos. Compañero no debía haberlos dejado. ¿Compañero malo, *n't, n't!* No señor. Huyeron rápido, sí pues. Mundo muy grande: eso por ahí son campos, todo sertón bruto, tapuitama... Mañana, el compañero regresa, trae otros. Hum, hum, caballo por los campos. Yo sé encontrarlos, oigo su caminar. Oigo, con la oreja en el suelo. Caballo corriendo, popore... Sé seguir el rastro. Tí... ahora no puedo, ya no tiene caso, aquí es muy lugareño. Se fueron lejos. El jaguar ta comiéndose aquéllos... ¿Usted se pone triste? No es mi culpa; algo es mi culpa? No se ponga triste. Usted es rico, tiene muchos caballos. Pero a ésos, jaguar ya se los comió ¡atiuca! El caballo se acerca al matorral, se lo comen... Los monos gritaron — porque el jaguar los agarró...

Eh, más, sí señor. Me gusta. Aguardiente de primera. ¿Usted tiene tabaco también? Sí, tabaco para mascar, para fumar. ¿Usted tiene más, tiene mucho? Ha-ha. Es bueno. Tabaco muy bonito, tabaco fuerte. Sí señor, pues sí. Usted quiere darme, yo quiero. Lo aprecio. Cigarro muy bueno. ¿Ese tabaco es el mejor? Hoy todo ta muy bien, ¿no le cree?

¿Usted quiere comer? Hay carne, hay yuca. Eh, oh, harina de yuca con carne. Mucha pimienta. Sal no tengo. Ya no hay. Lo que huele bien, bonito, es la carne. Oso hormiguero que yo cace. ¿No come? El oso hormiguero es muy bueno. Hay yuca, piloncillo. Puede comérselo todo, mañana cazo más, mato un venado. Mañana no mato un venado: no es necesario. El jaguar ya agarró su caballo, saltó sobre él, le sangró la vena arteria... El animal grande ya murió y él no lo suelta, ta sobre él... Rompió la cabeza del caballo, rasgó el pescuezo... ¿Quebró? ¿Lo quebroó!... Chupó toda la sangre, comió un pedazo de carne. Después, cargó al caballo muerto, lo jaló hasta el borde del matorral, lo jaló con la boca. Lo tapó con hojas. Ahora está durmiendo, en el matorral tupido... El moteado comienza a comer por las nalgas, el anca. La suasurana comienza por el costillar, por los pechos. El jabalí, los dos comienzan por la barriga: el cuero es grueso... ¿Usted me creyó? Pero la suasurana no mata al jabalí, no es capaz. La pinima lo mata; ¡la pinima es mi pariente!...

¿Ñen? Mañana temprano él regresa, come un poco más. Entonces, va a beber agua. Llego allá, junto con los zopilotes... Porquería con ésos, unos zopilotes, viven en la Gruta del Baúl... Llego, corto el pedazo de carne para mí. Ahora, yo ya sé: el jaguar caza para mí, cuando puede. El jaguar es mi pariente. Mis parientes, mis parientes, ai, ai, ai... No me río de usted. Estoy muñamuñando solito, para mí, aún. La carne de caballo no se pudre hasta mañana. Carne de caballo, muy buena, de primera. Yo no como carne podrida, ¡Achi! El jaguar tampoco

se la come. Cuando es la suasurana la que mata, me gusta menos: lo tapa todo con arena, también ensucia de tierra...

Café no hay. Hum, el negro bebía café, le gustaba. No quiero vivir más con ningún negro, nunca más... Changote. El negro tiene olor... Pero el negro decía que yo también tengo catinga diferente, catinga fuerte. ¿Ñen? La choza no es mía; la choza no tiene dueño. No era del negro tampoco. Las palmas del techo están podridas de tan viejas, pero no pasa la lluvia, nada más pipica un poquitín. Irgen, cuando me mude de aquí, le meto fuego: para que nadie más pueda vivir aquí. Nadie vive sobre mi olor...

Usté cómallo, la yuca no tiene oso hormiguero. Yuca con carne buena, de armadillo, tatú-hu. Yo lo maté. No se lo quité al jaguar. Los animales pequeños no los guardan: se los comen enteritos, todo él. Mucha pimienta, ha... ¿Ñen? A-ha, sí, ta oscuro. Todavía no llega la luna. La luna ta vesperando, luego sube. Hum, no hay. No hay candelero, ninguna luz. Soplo el fuego. No importa, la choza no se incendia, le tengo puesto el ojo, ojojo. Fueguito debajo de la hamaca, bueno-bonito, alumbra, calienta. Aquí hay ramitas, arazá, buena leña. Por mí no hace falta, yo sé entender en la oscuridad. Veo dentro de la selva. Ei, allá, en medio de la selva está alumbrando: te fijas y no es un ojo, es tiquira, gota de agua, resina de árbol, gusano de la madera, araña grande... ¿Tiene miedo? Entonces usté no puede ser jaguar... Usté no puede entender al jaguar. ¿Puede? ¡Diga! Yo aguanto el calor, aguanto el frío. El negro gemía con el frío. Negro trabajador, mucho, le gustaba. Buscaba leña, cocinaba. Plantó yuca. Cuando la yuca se termine, me mudo de aquí. Eh, ¿este aguardiente es bueno!

¿Ñeñen? Yo cace jaguares, muchos. Soy muy cazador de jaguares. Vine aquí a cazar jaguares, nada más a cazar jaguares. No Ñuan Guede me trajo aquí. Me pagaba. Yo ganaba el cuero,

ganaba dinero por jaguar que mataba. Dinero bueno: glin-glin... Sólo yo sabía cazar jaguares. Por eso Ño Ñuan Guede me mandó que me quedara, para desjaguarizar todo este mundo. Añún, solito... Araá... Vendía el cuero, ganaba más dinero. Compraba munición, pólvora. Compraba sal, compraba fulminante. Eh, iba lejos, a comprar todo. Piloncillo también. Yo — lejos. Sé caminar mucho, demasiado, andar ligero, sé pisar de un modo que uno no se cansa, el pie bien derecho hacia adelante, camino toda la noche. Hubo veces que fui hasta el Buey del Urucuya... Sí. A pie. No quiero caballo, no me gusta. Yo tenía un caballo, murió, no tengo más, cue-ra... Murió de enfermedad. De verdad. Toy diciendo la verdad... Tampoco quiero perro. El perro hace ruido, el jaguar lo mata. Al jaguar le gusta matar todo...

¡Hui! ¡Atié! ¡Atimbora! Usté no puede decir que yo maté jaguar, no puede. Yo, puedo. No lo diga. No mato más jaguares, no más. Es feo que yo haya matado. El jaguar es mi pariente. Maté, montones. ¿Usté sabe contar? Cuente cuatro, diez veces, ya ta: de ese montón pone cuatro veces. ¿Tanto? Cada uno que maté puse una piedrita en el guaje. En el guaje no cabe ni otra piedrita. Ahora voy a tirar el guaje lleno de piedritas al río. No quiero haber matado jaguares. Si usté dice que yo maté jaguares, me enojo. Diga que yo no maté, ¿ta-ha? ¿Dijo? A-e, a-a. Bueno, bonito, de verdad. ¡Usté es mi amigo!

Sí señor, por mí siga bebiendo. Buen aguardiente, especial. Beba también: aguardiente suyo de usté; el aguardiente es para remedio... Me está espiondo. ¿Me quiere regalar ese reloj? Ah, no puede, no quiere, ta bien... Ta bien, ¡no importa! No quiero ningún reloj. No importa. Pensé que usté quería ser mi amigo... Hum. Hum-hum. Sí. Hum. La axi. No quiero la navaja. No quiero el dinero. Hum. Voy a salir. ¿Usté cree que el jaguar no se acerca a la choza, no se come ese otro caballo manco? Viene, pone la mano hacia adelante, enorme. El pas-

to se mueve redondo, hamacándose, despacito, mansito: es él. Viene desde dentro. Jaguar mano-jaguar pie-jaguar rabo... Viene callado, quiere comer. ¡No tenga miedo! ¿Tiene? Si él ruge, eh, mocañemo, usted tiene miedo. Rerruge, ruge que se le engruesa el gznate y hunde los vacíos... Urrurrúrrurrú... Truena. Todo tiembla. ¡Bocón de haber muchas cosas, bocón dos bocas! ¡Apé! ¿Usted tiene miedo? Bueno, yo sé, usted no tiene miedo. Usted es querembaua, bueno-bonito, valiente. Pues ahora ya puede darme la navaja y el dinero, dinerín. No quiero el reloj, ta bien, taba bromeando. ¿Para qué quiero el reloj? No me hace falta.

Epa, tampoco soy ridículo. ¿Usted quiere cuero de jaguar? Ha-ha, usted lo ve, a-ha. ¿Bonito el corambre? A todos yo los cacé, hace mucho. Ésos ya no los vendí. No quise. ¿Ésos? Macho cangusú, lo maté a orillas del río Sorongo. Lo maté de un solo chuzazo, para no estropearle el cuero. ¡Qué grandeza! Machón, machote. Mordió el cabo de la azagaya, un mordisco que herró la marca del diente. Aquello, el jaguarzote, empezó a moverse como bola, revolviéndose, blando-blando, de relámpago, feo como la boa deshaciéndose el cuerpo de rabia, bajo mi hierro. Se retorció, furioso, forcejeando, y maullaba, gruñidos espantosos, queriendo jalarme para el matorral de espinos... ¡Casi pudo conmigo!

Ese otro también moteado, pero raya-ancha, jaguarapinima, jaguar que maúlla grueso. Lo maté a tiros, taba trepado en un árbol. Sentado en una rama del árbol. Allá estaba, sin pescuezo. Parecía dormido. Pero me estaba mirando... Me veía casi con desprecio. Ni lo dejé alzar las orejas: por eso, por eso, ¡pum! — porrazo de fuego... Tiro en la boca, para no estropear el cuero. A-ha. Todavía se quiso agarrar con la uña en la rama de abajo — ¿dónde guardaba aliento para tanto? Se quedó colgado largo, después se cayó desde arriba, se despencó, rompió dos ramas... Golpeó en el piso, ¡ih, eh!

¿Ñen? ¿Jaguar negro? Aquí hay mucho, pixuna, mucho. Yo mataba, lo mismo. Hum, hum, el jaguar negro se cruza con el jaguar moteado. Venían nadando, uno atrás del otro, las cabezas afuera, la línea de la espalda afuera. Me trepé en un palo, en la orilla del río, los maté a tiros. Primero al macho, jaguarpinima, que venía primero. ¿Si el jaguar nada? ¡Uh, bicho nadador! Cruza el río grande, en derechez de rumbo, sale por donde quiere... Suasurana también nada, pero no le gusta cruzar el río. Aquéllas dos, de pareja que le cuento, fue en el rumbo de abajo, en otro río, sin nombre, río sucio... La hembra era pixuna, pero no era negra como el carbón negro: era negra color de café. Atrapé a los difuntos en lo raso: no perdí los cueros, no...

Bueno, pero usted no dice que yo maté al jaguar, ¿eh? Usted escucha y no dice. No puede. ¿Ha? ¿Será? ¡Qué! ¡Uy, que me gusta el rojo! Usted ya sabe...

Bueno, voy a tomar un traguito. Pues bebo hasta sudar, hasta sentir ceniza en la lengua... ¡Cauñuara! Me hace falta beber para estar alegre. Me hace falta para poder platicar. Si no bebo mucho no hablo, no sé, me siento cansado... Total, mañana usted se va. Me quedo solito, aún. ¿A mí qué me importa? Eh, ése es buen cuero, del chico, jaguar cabezón. ¿Usted lo quiere? Llévselo. ¿Me deja lo que queda del aguardiente? Usted tiene fiebre. Debería acostarse en el catre, taparse con la capa, cubrirse con el cuero, dormir. ¿Quiere? Usted se quita la ropa, pone el reloj dentro de la concha del armadillo, pone el revólver también, nadie los toca. No voy a tocarle sus cosas. Yo prendo un fuego mayor, vigilo, cuido el fuego, usted se duerme. El casco de armadillo sólo tiene ese trozo de jabón adentro. No es mío, era del negro. No me gusta el jabón. ¿Usted no quiere dormir? Ta bueno, ta bueno, no dije nada, no hablé...

¿Usted quiere saber del jaguar? Eh, eh, mueren con un coraje, están diciendo lo que nosotros no decimos... En un solo

día cacé tres. Eh, era una suasurana, jaguar rojo-zorro, gatazo, de un solo color, todo. Taba durmiendo de día, escondida en el pasto alto. Eh, suasurana es difícil de cazar: corre mucho, se sube a los árboles. Vaga mucho, pero vive en el matorral, en la llanura. La pinima no deja a la suasurana vivir a la orilla del pantano, la pinima la ahuyenta... Yo comí su carne. Buena, más sabrosa, más suave. La cociné con carurú salvaje. Mucha sal, pimienta fuerte. De la pinima me comía solamente el corazón, mixiri, lo comí frito, tostado, de todas formas. Y untaba mi cuerpo con la grasa. ¡Para que nunca tuviese miedo!

¿Cómo? Sí señor. Muchos, muchos años. Terminé con los jaguares en tres lugares. Del rumbo de allí es el río Sucuriú, que va a entrar en el río Sorongo. Allí es el sertón de la selva virgen. Pero del rumbo de acá es el río Ururau, después de veinte leguas es la Boca del Fraile, ya puede haber ranchos, puede haber ganado. Maté a todos los jaguares... Eh, aquí nadie puede vivir, gente que no sea yo... Eh, ¿Ñen? Aha-ha... Casa no hay ninguna. Casas hay atrás de las palmeras, seis leguas, en medio del pantano. Ahí vivía un desmatador, don Rauremiro. Él murió, su mujer, las hijas, niño pequeño. Murieron todos de enfermedad. De veras. ¡Toy diciendo la verdad!... Aquí no viene nadie, es muy difícil. Muy dilatado, para que venga la gente. Sólo cada tanto, una semana de viaje, allá van, cazador rico, jaguariara, viene todos los años, en el mes de agosto, también a cazar jaguares.

Ellos traen perros grandes, perros tigreros. Cada uno tiene una buena carabina, escopeta, yo quería una... Hum, hum, el jaguar no es bobo, huyen de los perros, se trepan en los árboles. El perro se redobla su ladrido... Si el jaguar le agarra el modo, se pela al matorral sucio, tupido, eh, allá es difícil que el hombre vea que hay un jaguar. Acoso, acosar — con los perros: entonces se enfurece, grita, mopoama, mopoca, peteca, mata perros por todas partes, eh, se puede mover de tan-

tos modos. A-ha... Cuando espera acostado, es la forma más peligrosa: quiere matar o morir del todo... Eh, ronca como puerco, los perros ni se acercan. Ni ven. Un manazo. ¡Basta! Manazo, manotazo... Se vuelve y salta de lado, usté no ve de dónde viene... Zuzune. Muriéndose, mata al perrazo. Cada bramido, cada rugido. Le arranca la cabeza al perro. ¿Usté tiene miedo? Voy a enseñarle, eh; usté ve del lado de donde no viene el viento — entonces usté vigila, porque de ahí el jaguar puede aparecer de repente, saltar sobre usté... Salta de lado, vuelve a saltar y cambia en el aire. Salta en cruz. Está bien que usté aprenda. Es un salto y un desalto. Sus orejas repican, cataca, un estallido, como lluvia de piedras. Viene haciendo atajos. ¿Usté ya vio a las víboras? Así pues. ¡Apé! Poranga suú, suú, jucá-iucá... A veces hace un ruidito, pirirí, en las hojas secas, cuando pisa ramitas, eh, eh — pajarito huye. La capivara grita, de lejos usté oye: ¡au! — y salta al agua, el jaguar ya está aquí cerca. Cuando la pinima va a saltar para comérselo a usté, el rabo se enrosca con la punta hacia arriba, después la arregla firme. Bien estiradita: la cabeza parece mayor, levantada, cuando abre enorme, la boca, las motas se hacen más alargadas, los ojos se corren hacia los lados, repliega la cara. ¡Así!: la boca — así: los bigotes saltan... la lengua allá redoblada de lado... Abre los brazos, ya se mueve para saltar: se tarda en las piernas —ei, ei—, en las piernas de atrás... El jaguar acosado se vuelve demonio, se sienta en el suelo, rompe palos, despedaza. Se levanta, de pie. El que llega, está destrozado. Eh, golpe de mano de jaguar es peor que un macanazo... ¿Usté vio la sombra? Entonces está usté perdido... Ah, ah, ah... A -a -a -a... No tenga miedo, aquí estoy.

Ah pues, yo sigo bebiendo, a usté no le importa. ¡Ahora sí que toy alegre! Aquí entre nosotros, yo tampoco soy tacaño; las cosas de comer y el aguardiente son para gastar, cuando uno tiene ganas... Es bueno llenar la panza. Aguardiente muy

bueno, me hacía falta. Eh, leña mala, a usted le lloran los ojos, con esa humareda... ¿Ñen? Sí, usted es el que dice. No me parece triste, no. No me parece bonito, no. Sí, es como es, de veras, como en todo lugar. Hay buena caza, buena poza para nadar. Ningún lugar es bonito ni feo, no tiene que ser. Los lugares son para vivir, vine aquí pagado para matar jaguares. Ahora ya no mato más, nunca más. Mato capivaras, nutrias, vendo cueros. Sí, me gusta la gente, me gusta. Camino, voy muy lejos hasta encontrar gente, a veces. Yo soy corredor, como venado del campo...

Había una mujer casada, en la orilla de la llanura, boca del arroyo de la Veredita del Chunchún. Allá pasa el camino, camino de haciendas. Mujer muy buena, se llamaba María Quirinea. Su marido era loco, don Siruveo, vivía seguro con pesadas cadenas. El marido decía tonterías, en noche de luna incierta gritaba tonterías, gritaba, 'ñeengaba... No murieron, no. No murieron de enfermedad, no. Qué gente...

¡Aguardiente sabroso! Me gusta hacer buchecitos y beberlo después. Hum-hum, aaa... Aquí, ronda que ronda nada más estamos yo y el jaguar. Lo demás es comida para nosotros. Los jaguares, ellos también saben mucho. Hay cosas que él ve, y uno no ve, no puede. ¡Uh! tantas cosas... No me gusta saber mucho, me da dolor de cabeza. Sólo sé lo que el jaguar sabe. Pero de eso, lo sé todo. Aprendí. Cuando vine para acá, vine para quedarme solito. Es malo estar solito, se maltrata uno. Ño Ñuan Guede, hombre tan malo, nos trajo para dejarnos — solitos. ¡Atié! Nostalgia de mi madre, que murió, sacyara. Araa... Yo ñun — solito... No tenía amparo.

Entonces, aprendí. Sé hacer igual que el jaguar. El poder del jaguar es que no lleva prisa; aquello se acuesta en el suelo, aprovecha el buen fondo de cualquier agujero, aprovecha el pasto, busca lo escondido por detrás de cada árbol, resbala en el piso, mundeu-mundeu, entra y sale, despacito, po-pu, po-pu,

hasta que llega cerquita de la presa que escogió. Llega, mira, mira, no tiene permiso para cansarse de mirar, eh, está midiendo el salto. Ha, ha... Da un salto, a veces dos. Si se equivoca, pasa hambre, lo peor es que casi se muere de vergüenza... Entonces, va a saltar: ve demasiado fuerte, ve para meter miedo, no siente lástima... Se estremece de adelante hacia atrás, acomoda las piernas, va a azotar — ¡y salta saltote! —; es bonito...

Ei, cuando está sobre el pobrecito del venado, en el momento de matar, las tremendas bolas que se estremecen fuera de su cuerpo, las motas, brillan más, las piernas ayudan, eh, pierna doblada gorda como de sapo, el rabo se hace rosca; cosa que parece que aquí y allí va a reventar, el pescuezo alargado... ¡Ape! Va matando, va comiendo, va... La carne de venado estalla. El jaguar ruge alto, de tarará, el rabo malo parado, entonces araña fuerte, ui, uñas de fuera, ruge otra vez, basta. Fiesta de comer y beber. Si es un conejo, animalito pequeño, se come hasta las junturas: tragando todo, mucunando, que apenas deja los huesos. El triperío y las menudencias no le gustan...

¡El jaguar es bonito! ¿Ya lo vio? El matorral se estremece un poco, estremecidito apenitas: es él, es él, eh, puede ser... Usted ya vio después — ¿viene caminando con la barriga llena? ¡A-ha! Que viene de cabeza gacha, y viene caminando despacio: endereza la espalda, coronilla, levanta un hombro, levanta el otro, cada paleta, cada anca redondosa... El jaguar hembra más hermosa es María-María... Eh, ¿usted quiere saber? No, eso no le cuento. No le cuento, de ninguna manera... ¡Usted quiere saber muchas cosas!

Me dejaron aquí solito, yo ñun. Para trabajar de matar, de tigrero. No deberían. Ño Ñuan Guede no debería. ¿No sabían que yo era su pariente? ¡Oh ho! ¡Oh ho! Toy maldito, toy desgraciado, porque maté tanto jaguar, ¿por qué hice eso? Sé insultar, sé. ¡Yo insulto! ¡Tiss, n't, n't...! Cuando tengo la pan-

za llena no quiero ver gente, no, de nadie me gusta acordarme: tengo rabia. Como si tuviera que hablar con el recuerdo de ellos. No quiero. Toy bueno, toy callado. Antes, de primera me gustaba la gente. Ahora sólo los jaguares me gustan. Aprecio su aliento... María-María — jaguar bonita, cangusú, buena-bonita.

Es joven. Usted la mira, mira — acaba de comer, tose, mueve los bigotes, eh, bigote duro, blanco, bigote para abajo, hace cosquillas en mi cara, ella muquirica tan sabroso. Va a beber agua. Lo más bonito que hay es la jaguar María-María desparramada en el suelo, bebiendo agua. Cuando la llamo ella acude. ¿Quiere ver? Usted está temblando, lo sé. No tenga miedo, ella no viene, nada más viene si la llamo. Si no la llamo, no viene. También me tiene miedo, como usted...

Eh, este mundo de sertones es tierra mía, eh, esto aquí — todo mío. A mi madre le hubiera gustado... Quiero que todos me tengan miedo. Usted no, usted es mi amigo... Ningún otro amigo tengo. ¿Tengo alguno? Hum, hum, hum... ¿Ñen? Aquí cerca había sólo tres hombres, sertaneros, una vez, a orillas de la llanura. Aquéllos eran criminales, huidos, jababora, se vinieron a vivir aquí escondidos. ¿Ñen? ¿Cómo se llamaban? ¿Para qué quiere saber? ¿Eran sus parientes? ¡Achi! Sertanero uno, se llamaba Gugué, era medio gordo; otro se llamaba Antunías — ¡ése tenía dinero guardado! El otro era don Rioporo, hombre enojado, hombre bruto: no me gustaba, no...

¿Qué hacían? A-ha... el jababora pesca, caza, plantan yuca; van a vender cuero, compran pólvora, municiones, detonador, cosas buenas... Eh, se quedan en la llanura, en la campiña, la tierra allá no sirve. Más lejos de aquí, en el Perro Negro, hay mucho jababora — usted puede ir a espiar. Sacan leche de la mangaba. ¡Gente pobre! Ni ropa que vestir ya no tienen... Eh, unos se quedan desnudos del todo. Irgen... Yo tengo ropa, mis trapos, calumbé.

¿Ñen? ¿Los tres sertaneros? No sabían cazar jaguares, tenían miedo, mucho. No, no eran capaces de cazar con azagaya, como yo. Cambiábamos tabaco por sal, conversaba, presataba un pedazo de piloncillo. Murieron, los tres, murió todo, todo — cuera. Murieron de enfermedad, eh, eh. De veras. Toy diciendo verdad, ¡toy enojado!

¿Con mi azagaya? No mato más jaguares. ¿No dije? Ah, pero yo sé. Si quiere, ¡los mato! ¿Cómo es? Yo espero. El jaguar viene. ¡Heeé! Viene andando, ligero, usted no ve el bulto con esos ojos de usted. Eh, gruñe, no salta. Nada más bracea, gateando al ras.

Nunca salta. Eh — llega a mis pies, le arrimo la azagaya. ¡Ere! Arrimo la lámina de la azagaya, la punta en el pecho, en el lugar que es. Arrimándole cualquier cosa, va y se acuesta en el suelo. Quiere manotear, o agarrar las cosas, quiere abrazarse a todo. Se pone paradito, a veces. El mismo jaguar tira de la azagaya para que la punta venga sobre él. Eh, yo la meto... Boquea pronto. La sangre sale roja, la otra sale casi negra... curuz, pobre jaguar, pobrecito, la sacapira de la azagaya entrando dentro de él... Teité... ¿Morir picado a cuchillo? Hum-hum. Dios me libre... Palpar el hierro que llega entrando en lo vivo de uno... ¡Atiúca! ¿Tiene miedo? Yo no. No siento dolor... Ha, ha, usted no crea que es así despacioso, manso, no. Eh, heé... El jaguar se sofoca de rabia. Debajo de la azagaya se resbala, ciririca, forcejea. El jaguar es el jaguar — como la víbora... Revira para todos lados, usted piensa que él es muchas cosas, se vuelve otras. Eh, hasta el rabo golpea. Se enrosca, se enrolla, maromea, eh, se dobla, se destuerce, se encoge... Usted no está acostumbrado, ni ve, no es capaz, resbala... Su fuerza, ¡usted no sabe! Abre la boca, carraspea horrible, ta ronca, ta ronca. Su agilidad es una locura. Lo tira a usted para abajo. Ai, ai, ai... A veces todavía huye, escapa. Desaparece en el carrascal, bandido, ya está en la postrimería, y aún mata, va matan-

do... mata más rápido que cualquiera. Si el perro se descuidó, la mano del jaguar lo agarró por atrás, le rasgó toda su ropa... ¡Apé! Bueno, bonito. Yo soy jaguar... ¡Yo — jaguar!

¿Usted cree que parezco jaguar? Hay hofas que parezco más. Usted no ha visto. Usted no tiene aquello — espejín, ¿tendrá? Quería ver mi cara... *Tiss, n't, n't...* Yo tengo la mirada fuerte. Eh, hace falta saber mirar al jaguar, encarado, mirar con coraje, ha, él lo respeta. Si usted ve con miedo, él sabe, usted entonces ta perdido. No puede tener miedo. El jaguar sabe quién es usted, sabe lo que está sintiendo. Eso yo le enseño, usted aprende. Hum. Él oye todo, ve todo movimiento. Rastrear, el jaguar no rastrea. No tiene buen olfato, no es perro. Caza con los oídos. El buey resopló en el sueño, rompió un pastito: desde media legua, el jaguar sabe... No señor. El jaguar no acecha desde lo alto del árbol. Sólo la suasurana va de árbol en árbol, cazando monos. La suasurana salta arriba del árbol: la moteada no salta: la moteada sube derecho, como gato. ¿Usted ya lo vio? Eh, eh, yo trepo en árbol, acecho. Yo, sí. Espiar de allá arriba es mejor, nadie ve que estoy viendo... Deslizarme al suelo, para llegar cerca de la presa, con quien mejor lo aprendí fue con el jaguar. Tan despacín que uno mismo no siente que avanza del lugar... Hay que aprender todos los movimientos de la presa. Yo sé cómo usted mueve la mano, que usted ve hacia abajo o hacia arriba, si hace falta ya sé cuánto tiempo le toma saltar. Sé en qué pierna usted se apoya primero...

¿Quiere salir afuera? Puede ir. Vea la luna cómo subió: con esa luz de luna tan grande están cazando, noche clara. En noche negra no cazan; sólo en la tardecita al oscurecer, y cuando llega la madrugada... De día todos se quedan a dormir, en los bambúes, a orillas del pantano, o en la oscuridad del matorral, en las matas de caraguatá, en medio de la capoeira.. No, señor, por este tiempo el jaguar casi no maúlla. Se van a

cazar callados. Pueden pasar muchos días que no se escucha ni un maullido. Lo que hizo ruido es la sariema culata... Hum-hum. Entra usted. Se sienta en el catre. ¿Quiere acostarse en la hamaca? La hamaca es mía, pero lo dejo. Aso la yuca para usted. Ah bueno. Entonces me tomo otro traguito. Si me dejan, bebo hasta caerme. *N't, m'p, aah...*

¿Dónde aprendí? Aprendí lejos de estas tierras, por allá hay otros hombres sin miedo, casi como yo. Me enseñaron, con azagaya. Uarentín María y Gugué María — dos hermanos. Una azagaya como ésa, cabo de metro y medio, buen travesaño, buen agujero. También estaba Ño Inacio, viejo Ñuan Inacio: negro ése, pero hombre negro muy bueno, abaeté, abaúna. Ño Inacio azagayero maestro, pero hombre desarmado, sólo con azagaya, azagaya muy vieja, juega con el jaguar. Su hermano, Rei Inacio, tenía un trabuco...

¿Ña-hem? Ha-ha. Sí, porque el jaguar no le cuenta a otro jaguar, ni saben que vine para acabar con todos. No tenían dudas de mí, olfatean que soy su pariente... Eh, el jaguar es mi tío, el jaguareté, todos. No huían de mí, entonces yo los mataba... Después, sólo a la mera hora se daban cuenta, con mucha rabia... Eh, le juro: ¡no los maté más! No mato. No puedo, no debía. Vino el castigo: me quedé panema, caipora... No me gusta pensar que maté. Mi pariente ¿cómo puedo!? Ai, ai, ai, mis parientes... Necesito llorar, si no, se enojan.

Sí señor, unos ya me agarraron. Se comieron un pedazo de mí, vea. No fue aquí en los sertones. Fue en el río de allá, en otra parte. Los otros compañeros equivocaron el tiro, les dio miedo. Eh, la pinima raya-ancha se puso en medio; rodó con nosotros, todos. Enloqueció. Le rompió la tapa de los pechos a uno, le arrancó los bofes, se veía su corazón allá adentro, en él, latiendo, en medio de un montón de sangre. Le bajó el cuero de la cara a otro hombre — Antão Fonseca. Rayó esta cruz en mi frente, rasgó mi pierna, la uña vino honda, desg-

rra, musuruca, hace herida mala. Uña venenosa, no es afilada fina, no, por eso destroza, enferma. El diente también. ¡Pa! la, ia, eh, manazo de jaguar puede quitar la azagaya de la mano del azagayero... ¡Le dieron de treinta a cuarenta cuchilladas! Hum, si usted estuviese allá, ya estaría muerto. Mató casi cinco hombres. Le sacó toda la carne del brazo del azagayero, quedó el hueso, con el nervio grande y la vena estirada... Yo estaba escondido detrás de la palmera, con el cuchillo en la mano. La pinima me vio, me abrazó, yo quedé por debajo, unidos. Hum, su cuero es difícil de agarrar, resbala, como jabón, como baba de quimbombó, se estremece a diestra y siniestra, como una verdadera víbora... Quería despedazarme, pero ya estaba cansado, había gastado mucha sangre. Le agarré la boca, ya no podía morder. Arañó mi pecho, de este lado y no tengo tetilla. ¡Fue con tres manos! ¡Rajó mi brazo, mis espaldas, murió agarrado a mí, de las cuchilladas que ya le habían dado, derramó toda la sangre...! ¡Mañuaçá de jaguar! Babeó en mi cabeza, mi pelo hedía a aquella catinga, muchos días, muchos días...

Hum, hum, sí señor. Ellos saben que yo soy de su pueblo. Al primero que vi y no maté fue a María-María. Dormí en el matorral, aquí cerca, a la orilla de un fueguito que hice. De madrugada, yo estaba durmiendo. Ella vino. Me despertó, me olía. Vi aquellos ojos bonitos, ojos amarillos con las pintitas negras, bubiando bueno, de donde aquella luz... Entonces fingí que estaba muerto, no podía hacer nada. Ella me olió, huele-oliendo, pata suspendida, pensé que buscaba mi cuello. La urucuera pió, el sapo taba, taba, animales del campo, y yo escuchando, toda una vida... No me moví. Era un lugar blando, placentero, yo acostado, en el romerito. El fuego se había apagado, pero aún calentaba el calor del rescoldo. Ella se acerca, se restriega en mí, me estaba mirando. Sus ojos se juntaban uno en el otro, los ojos alumbraban — gota, gota: ojo, feroz

puntiagudo, clavado, puesto en mí, quiere munguitar: no los quita. Mucho tiempo no hizo nada. Después puso su manaza sobre mi pecho, con mucha fineza. Pensé — ahora estaba muerto: porque ella vio que mi corazón estaba allí. Pero apretaba suavemente, con una mano, acariciaba con la otra, soso-ca, quería despertarme. Eh, eh, yo lo supe... El jaguar que es jaguar — que me quería, yo supe. Abrí los ojos, la encaré. Dije bajito: —“Ei, María-María... Te hace falta tener juicio, María-María...” Eh, ella ronroneó y le gustó, volvió a restregarse en mí, miaumí. Eh, ella hablaba conmigo, jaguañeñén, jaguañén... Tenía la cola dura, la sacudía, sacé-sacemo, la cola del jaguar casi nunca descansa: a, a. Fue, salió, para espiarme, de más lejos, se quedó agachada. No me moví de como estaba, acostado de espaldas me puse a hablar con ella; y la encaré, siempre, le di buenos consejos. Cuando yo dejaba de hablar, maullaba piando — jaguañeñén... Tenía la barriga llena, se lamía las patas, se lamía el pescuezo. Frente moteadita, tiquira del rocío alrededor de las narices... Entonces se acostó recostada en mí, la cola golpeaba buena en mi cara... Durmió cerca. Aprieta los ojos cuando duerme. Durmiendo y reduciendo, con la cara en la mano, con la nariz del hocico recostada sobre una mano... Vi que se le estaba secando la leche, vi la campanilla de los pechitos. Sus cachorros se habían muerto, quién sabe de qué. Pero ahora ya no va a tener cachorros nunca más, ¡jara! — no va...

¿Ñen? ¿Después? Después ella se durmió pues. Roncó con la cara volteada de lado, mostraba el denterío feroz, echando las orejas hacia atrás. Por culpa de una suasurana, que venía. Suasurana clara, espiga. La suasurana se topó con nosotros. Es el peor bicho malvado, sangrador. Vi aquel ojazo verde, sus ojos, de luz también, redondos, parece que se van a caer. Hum-hum, María-María roncó, suasurana se fue saliendo, saliendo.

Eh, catú, bueno, bonito, ¡porá-poranga! — lo mejor de todo. María-María se levantó rápido, ponía las orejas elevadas hacia adelante. Eh, se fue yendo despacio, en lo diario, caminar que usted piensa que es pesado, pero que si ella quiere se vuelve ligero, liviano, nada más haga falta. Se menea bonito, jerejereba, hermosa, cantidad de pelo, mano suave... Llegó al tronco de caoba, empinada, clavó las uñas, rayó de arriba abajo, taba afilando fino, arañando el troncote. Después en la jacaranda blanca. Dejó las marcas, usted puede ir a ver donde lo hizo.

Entonces, si hubiese querido, podría haberla matado. No quise. ¿Cómo iba a querer matar a María-María? Además por este tiempo yo taba triste, triste, yo aquí solito, yo ñun, y más triste y caipora de haber matado jaguares, estaba amuinado. Desde ese día, no maté ninguno más, nada más que el último que maté fue aquella suasurana, la seguí. Pero la suasurana no es mi pariente, mi pariente es el jaguar negro y el moteado... Maté a la referida en cuanto amaneció el sol. La suasurana se había comido un venadito del campo. Acabé con ella por rabia, porque allí donde yo estaba durmiendo era donde iba a hacer sus porquerías, en el carrascal, puro estiércol. Eh, lo cubren con tierra, pero el macho tapa menos, el macho es más puerco...

A-ha, María-María es bonita, ¡usté debería verla! Más bonita que ninguna mujer. Huele a flor de palo de ajo cuando llueve. No es muy grande. Es cangusú, cabezoncita, alrededor de las motas es amarilla, clara, clara. En época de sequía, son todavía más claras. Piel que brilla, suave, suave. Las motas, ninguna es negra bien negra, eso no: rojo oscuras, así rojizo morado. ¿No tienen? Tienen de todo. ¿Usted ya comparó las motas con sus argollas? Cuente, para ver: varía tanto, que dos igualitas no encuentra... María-María tiene cantidad de motas chiquitas. Cara enmascarada, pequeña, bonita, toda pin-

tada, así, así. Una pintita de cada lado de la boca, otras atrás de las orejitas... Dentro de las orejas, es blanquito, algodón deshebrado. En la barriga también. La barriga y por debajo del pescuezo, y en la entrepierna. Yo puedo hacerle fiestas, un tiempo largo, lo aprecia... Lame mi mano, lamido mimoso, del modo que ellas saben para limpiar lo sucio de sus cachorros; si no, nadie aguantaba lo rasposo de aquella lengua gruesa, áspera, con lija peor que la hoja de la ortiga; porque si no, ¿cómo es que lame, lame y no rasga con la lengua a su cachorrito?

¿Ñen? ¿Si tiene macho María-María?! No, no tiene macho. ¡Xo! ¡Pa! ¡Atimbora! Si viene algún macho yo mato, mato, mato, ¡puede ser mi pariente, lo que sea!

Ah bueno, pero ahora usted necesita dormir. Yo también. Ya vi: muy tarde. El seysusú ya está alto, mire sus estrellitas... Yo no me voy a dormir, ya casi es la hora de que salga por ahí, todos los días me despierto temprano, desde antes del romper de la aurora. Usted duerma. ¿Por qué no se acuesta? — nada más se está despierto preguntándome cosas, después le respondo, ¿después usted me pregunta otra vez otras cosas? ¿Para qué? Por eso, eh, me bebo todo su aguardiente. Hum, hum, no, no me emborracho. Me emborracho sólo cuando bebo mucha, mucha sangre... Usted puede dormir tranquilo, yo vigilo, sé ponerle el ojo a todo. Toy viendo, tiene sueño. Mire, si quiero, rayo dos ruedas en el piso — para que sean sus ojos de usted, después los piso, y usted se duerme de pronto... Ei, pero usted también es valiente capaz de encararse con un hombre. Usted tiene ojo fuerte. Podría cazar jaguares... Quieto. Usted es mi amigo.

¿Ñen? No señor, de eso no sé. Sólo sé de jaguares. Buey no sé. El buey es para comer. Buey hembra, buey macho, marruá. Mi padre sabía. Mi padre no era indio salvaje, mi padre era hombre blanco, blanco como usted, mi padre Pancho Pedro,

mimbauamañanasara, vaquero de ésos, hombre muy bruto. Murió en el Tungo-Tungo, en los sertones de Goiás, en la hacienda Cachoeira Brava. Lo mataron. No sé de él. Padre de todos. Hombre burro. ¿Diga? Ha, ha, sí señor. Ella puede acercarse, puede venir a rondar la choza. Por ahí andan, cada jaguar vive solo por su lado, casi todo el año. No hay parejas viviendo siempre juntas, nada más por un mes, algún tiempo. Nada más la jaguatirica, gato del monte grande, vive en pareja. Huy, hay muchas, un montón. Eh, aquí ya no los mato: esto es jaguaretama, tierra de jaguares, por demás... Yo los conozco, sé de todos ellos. Nadie más puede entrar, ya no — los que viven por aquí ya no los dejan, porque se acaban la caza que hay. Ya no los mato, ahora todos tienen nombre. ¿Que yo les puse? ¡Achi! Que sólo yo les puse no, yo sé cuál era el nombre de ellos. Atié... Entonces, si no es, ¿cómo es que usted quiere saber? ¿Para qué me pregunta? ¿Usted va a comprar un jaguar? ¿Va a platicar con algún jaguar? Teité... Ache... Yo sé, usted quiere saber, nada más para tenerles más miedo. ¿Tá-ha? Ha, ah bueno. Vea: en una cueva hueca del rumbo de allí, está el jaguar Mopoca, cangusú hembra. Parió tarde, tiene cachorro chico, jaguarí. Mopoca, jaguar buena madre, siempre estaba cambiándose con los hijos, cargando jaguarritos en la boca. Ahora ya está tranquila allá, buen lugar. No los deja, ni come. Casi no sale. Sale para beber agua. Parió, ta flaca, flaca, ta siempre con sed, todo el tiempo. Cachorro, jaguarín, cachorrito-jaguar, jaguarcito, son dos, como pelotas, como gusano de palo podrido, ni se pueden mover. Mopoca tiene mucha leche, tigrín mama todo el tiempo...

¿Ña-em? Eh, ¿otras más? Vea: adelantito, por el rumbo, cosa de cinco leguas, ta la peor de todas, la Maramoñangara, ordena, pelea con las otras, las enfrenta. Del otro lado, en la orilla del pantano, está la Porretera, raya-ancha, enorme, nada más viera la manota, las uñas, mano chata... Adelantito está

Tatacica, negra, negra, la jaguareté-pixuna; de piernas largas, muy brava. Agarra mucho pescado... ¿Qué, otra negra? Uíñúa, que vive en una soroca muy buena, hoyo de cueva en el barranco, debajo de la raizota de la higuera... Está Rapa-Rapa, pinima vieja, raya-ancha, ladina: sale de aquí y se va a cazar hasta veinte leguas adelante, ta en todas partes. Rapa-Rapa vive en una gruta — al jaguar le gusta mucho la gruta, la aprecia... A Mpu y Ña-a las corrieron lejos de aquí, los otros las corrieron, porque no alcanzaba la comida... Eh, se cambian mucho, de lugar de vivir, por eso... Ya no sé más de ellas, ya no están aquí. Cangusú feroz es la Tibitaba — jaguar con cejas: usted la ve, allá se queda, acostada sobre el barranco, en la orillita; las manos medio colgadas... Había otras, ya no hay más: la Coema-Puiranga, rojiza, murió atragantada con un hueso, tremenda... La Putuca, vieja, vieja, las costillas altas, pasaba hambre, maldición de hambre, en los matorrales... ¿Ñen? Hum, hum, no le digo dónde vive María-María. ¡Yo que sé si usted la quiere matar?! No sé nada...

Ha-ha. ¿Y los machos? Mucho, huy, un montón. Si usted ve al Come-Gente: machote raya-ancha, asustando de grande... Unas presas de arriba como cuchilla carnicera, sucia de lo amarillento, eh, ¡tabaquista! Hay uno, Puxuera, también está viejo: el dientón de atrás, el de cortar la carnaza, ya está gastado, roído. Suú-Suú es un jaguareté-pixuna, muy negro, tiene un rugido espantoso; si usted lo escucha, tiembla, tiembla, tiembla... Él quiere a la Mopoca. Apiponga no es pixuna, es el macho moteado más bonito, no hay otro igual, con su narizota. Es el que siempre está gordo, sabe cazar mejor que todos. Hay un macho cangusú, Petecasara, que está medio loco, malo del seso, anda nada más de día, vaga, creo que ése es el que se parece al boca-chueca... Uitauera es uno, Uatauera es otro, son hermanos, eh, pero yo soy el que lo sabe, ellos ni saben...

Ah bueno, por ahora basta. Ya no platico. Si no, nos amanece el día, usted no durmió, el compañero viene con los caballos, usted no puede viajar, ta enfermo, ta cansado. Ahora se duerme. ¿Duerme? ¿Quiere que me vaya, para que usted duerma aquí solito? Me voy. ¿No quiere? Entonces ya no platico. Me estoy callado, callado. La choza es mía. Hum. Hum-hum. ¿Para qué pregunta, pregunta, y no duerme? No sé. Suasurana no tiene nombre. Suasurana no es mi pariente, jaguar miedoso. Nada más el de lomo negro es feroz. Suasurana se ríe con sus hijos. Eh, es rojiza, pero los cachorros son moteados... Hum, ahora ya no voy a platicar, no, no platico, no atizo el fuego. ¡No se preocupe! Duérmase, ¿podrá? Hum. Sí. Hum-hum. No señor. Hum... Hum-hum... Hum... ¿Ñen? ¿El compañero trae otro garrafón? ¿Me va a dar? Ha-ha... Aaa... ¡Apé! ¿Quiere saber? Yo hablo. Usted es bueno-bonito, mi amigo. ¿Cuándo se aparean? Iche, ¿eso es aparearse? Porquerías... Venga cuando termina el frío, cuando florece el ipé, usted los ve. Se ponen lunáticos. Se enfurecen, rugen, rugen, maullando y roncando todo el tiempo, casi no cazan para comer, se ponen flacos, salen por los matorrales, atontados, se mean por todas partes, caruca que hiede feo, fuerte... La jaguar hembra caliente maulla más, maullido diferente, maullido bobo. Viene con el pelo del lomo erizado, restregándose en los árboles, se echa al suelo, se pone de panza al aire, ¡arué! Nada más arrú... arrárruuu... Huya, pronto: si no, en ese tiempo ya se lo comieron...

El macho la sigue, camina legua tras legua. ¿Vienen dos?, ¿vienen tres? Eh, usted no se imagina cómo se pelean... El pelambre vuela lejos. Después, nada más uno se queda con la hembra. Entonces viene lo bueno. Estornudan. Se quedan llorando, se agarran a llorar y a remaullar, la noche entera, ruedan por el suelo, pelean. El pasto termina aplastado, carrascal achatado, arrancan las matas, rompen ramas. El macho se

vuelve loco, encorva el cuerpo, abre las fauces, ui, muestra las presas. Vea: cola dura, golpeando con fuerza. Corra, huya. ¿Oye? Yo — yo sigo el rastro. Cada patota grande, huella sin uñas... Sigo. Un día ya no regreso.

Eh, no, el macho y la hembra no cazan juntos. Cada uno para sí. Pero ellos se hacen compañeros por todo el día, acostados, durmiendo. Las cabezas recostadas el uno en el otro. Uno volteando para un lado, la otra para el otro... Vea: jaguar María-María la voy a traer para acá, no la dejo con ningún macho. Si la llamo, viene. ¿Quiere ver? No tire con ese revólver suyo. Epa. ¿Quién sabe y su revólver está panema, ha? Deje ver. Si está panema, yo lo arreglo... ah, ¿no quiere? ¿Me deja agarrar su revólver? Usted ya cerró los ojos tres veces, ya abrió la boca, abrió la boca. ¿Si le cuento más se duerme?

Eh, cuando ellas crían, yo encuentro el nido. Soroca muy escondida, en el peor matorral, agujerote en una gruta. En lo intrincado. El jaguar madre se vuelve demonio. Al principio, cuando yo mataba jaguares, esperaba seis meses, para no dejar que los cachorros menguaran. Mataba a la madre, dejaba crecer al cachorro. ¿Ñen? No, no me daba lástima, era para no perder la paga, y el dinero del cuero... Eh, sé maullar como cachorro, la jaguar viene desesperada. Había una jaguar con camada, jaguareté-pixuna, muy grande, muy bonita, muy fea. Maullé, maullé, jaguariñén, jaguarañiñeñén... Llegó enloquecida, con un rezongo susurrado, no sabía hacia dónde ir. Yo maullé aquí desde adentro de la choza, la pixuna madre llegó hasta aquí cerca, pidiendo que regresara al nido. Allí mismo cedió... No la quise matar para no perder los cachorros, desperdiciarlos. Dejé de maullar, disparé al aire. La pixuna se regresó corriendo, rápida, se mudó, se llevó sus crías media legua más lejos, se consiguió otro nido, entre las matas del pantano. Sus cachorros no eran pixunas, eran jaguarcitos moteados, pinima... Agarra cada crío por el cuero de la nuca, lo

va cargando, salta barrancos, salta las malezas... Eh, ¡bicho tonto! Pero usted no puede decir que es tonta. Yo sí puedo.

Sí, señor. Me estoy bebiendo todo su aguardiente. Sí, fueguito bueno, calienta el cuerpo también. Toy alegre, toy alegre... ¿Ñen? No sé, me gusta quedarme desnudo, nada más con los pantalones viejos, faja en la cintura. Tengo el cuero duro. A-ha, pero tengo ropa guardada, ropa buena, camisa, un sombrero bonito. Un día me los pongo, quiero ir a fiestas, muchas. No quiero calzar botines: ¡no me gusta! Nada en el pie, no me gusta, ¡mundéu, iche! Ia. Aquí no hay fiestas. ¿Ñen? Misa no, ¡de ninguna manera! Irme al cielo, sí quiero. Padre, no, misionero, no no me gusta eso, no quiero engaños. Tengo una medallita para colgar en mí, me gustan los santos. ¿Hay? San Benito nos libra de las víboras. Pero el veneno de víbora no puede conmigo — tengo cuerno de venado, lo pongo, me cura. No hay ánimas de difuntos, tagoáiba, espantos, aquí en los sertones no hay, nunca vi. Está el diablo, nunca lo vi tampoco. Hum-hum...

¿Ñeñén? ¿Yo? Usted es el que pregunta. Pero yo sé por qué pregunta. Hum. A-ha, porque tengo el pelo así, ojos menuditos... Sí, mi padre no. Él era blanco, no era hombre indio. Pues sí, mi madre sí era, ella era muy buena. Caraó, no. Péua, mi madre, gentío Tacunapéua, muy lejos de aquí. Caraó, no: caraó muy miedoso, casi todos le tenían miedo al jaguar. Mi madre se llamaba Mar' Iara María, india. Después viví con caraós, viví con ellos. Madre buena, bonita, me daba comida, me daba de comer muy bien, mucho, cantidad... Yo ya anduve mucho, viajé. Los caraós tienen chuzas, nada más un caraó sabía matar jaguares con chuza. ¿Auá? Noaquín Pereira Chapudo, su nombre también Quin Creñe, no le temía a nada. ¡Mi amigo! Arco, flecha, flecha lejos. ¿Ñen? Ah, tengo muchos nombres. Mi nombre me lo puso mi madre: Bacuriquirepa, Breó, Beró, también. Mi padre me llevó al misionero. Me

bautizó, me bautizó. Nombre de Toñito; bonito ¿será? Antonio de Jesús... Después me llamaban Macuncozo, nombre de un rancho de otro dueño, sí — un rancho que llaman Macuncozo... Ahora no tengo ningún nombre, no lo necesito. Ño Ñuan Guede me llamaba Toño Tigreiro. Ño Ñuan Guede me trajo aquí, yo ñun, solín. ¡No debía! Ahora ya no tengo nombre...

Ña-hem, no es ruido de jaguar. Ruido de anta, enseñándole a su cachorro a nadar. Hay muchas antas por aquí. Carne muy buena. En días de calor el anta se pone a pensar, sabe de todo dentro del agua. ¿Ñen? Eh, no, jaguar pinima come anta, come todas. El anta no pelea, el anta corre, huye. Cuando jaguar salta sobre ella, no puede correr cargando al jaguar, de ninguna manera, que no puede, no es capaz. Cuando pinima salta sobre el anta, la mata en seguida, ya la mató. El jaguareté la sangra. ¡Ui, noche clara, buena para que el jaguar salga a cazar!

No, señor. Ése es el desorden de otros animales, curiango, madre-de-la-luna, la lechuza del monte que pía. Quien gritó fue la nutria con hambre. Gritó: ¡Irira! La nutria nada, subiendo la vereda. Eh, de cualquier agua sale con el pelo seco... ¿Capivara? Desde lejos se oye el ruido que hacen, paciendo, medio adentro, medio fuera del agua... Si el jaguar ruge yo le digo cuál es. Eh, ni es necesario. Si ruge o maúlla, luego se da cuenta... Maúlla sofocado, del fondo del gznate, eh, el gznate es enorme... Heeé... ¡Apé! ¿Tiene miedo? ¿No tiene miedo? Pues sí lo va a tener. Toda la selva tiene miedo. El jaguar es un verdugo. Mañana ya verá, yo le muestro su huella, pipura. Un día, con luna nueva, usted venga, venga a ver mi rastro, como huella de jaguar, eh, ¡soy jaguar! Hum, ¿usted no me cree?

Hombre loco... Hombre loco... Yo — ¡jaguar! ¿Ñum? No soy el diablo. Usted es el diablo, el boca-chueca. Usted es malo,

malo, feo. ¿Diablo? Tal vez sea... Vivo en una choza sin paredes... nado, mucho, mucho. Ya tuve la viruela, de la negra. Ñoaquín Caraó tenía un tocado de plumas de gavilán. Plumas de arara, también de guará. Rueditas de pluma de avestruz en la rodilla, en las piernas, en la cintura. Pero yo soy jaguar. El jaguaireté mi tío, hermano de mi madre, tutira... ¡Mis parientes! ¡Mis parientes! Uí, deme su mano... Deme su mano, déjeme agarrarlo... Un poquito nada más...

Eh, ¿está agarrando el revólver? Hum-hum. No es necesario que lo agarre... ¿Tiene miedo de que el jaguar llegue a la choza? Ha-ha, el jaguar Uíñúa atravesó la vereda, yo sé, vino a cazar pacas, se va resbalando en el pasto grueso. Va, va acostado, despatarrado, con las orejas hacia adelante — hace estallar las orejas así, cuacuave... El jaguar Uíñúa es negro, negro como el demonio, rebrilla con la luna. Se pone peba en el suelo. El pasto puntiagudo le pincha adentro de la nariz, no le gusta: sopla. Come pescado, pájaro del agua, sacó, saracura. Usted escuche el ueué de la becacina volando lejos, se va volando a diestra y siniestra... Pájaro con frío huye, se queda callado. Uíñúa no le hizo caso. Pero la paca se asustó, saltó. ¿Usted oyó el roró del agua? El jaguar Uíñúa debe estar furioso. Todo mojado del mururú del rocío, moqueado de barro blanco, de la orilla del río. Y él viene... Ya sabe que usted está aquí, ese caballo. Y él viene... tuxa morubixa. Y viene... ¡Quente! Oiga su caballo barullando con miedo. Eh, no importa. Uíñúa se detuvo. ¿Y viene? No viene, fue la tataca de alguna rana... No tenga miedo; si viene lo corro, peleo, le digo que se vaya. Me estoy quieto, quieto; no me ve. Deje que el caballo relinche, debe estar temblando, con las orejas estiradas. ¿La reata es buena? ¿La reata es fuerte? No huye. Además ese caballo no sirve ya para nada. Espere... ¡Voltee su revólver para el otro lado, uh!

Ya no viene. Hoy Uíñúa no se animó. Déjelo, déjelo no-

más: de hambre no se muere — agarra cualquier acutía por ahí, rata, animalito. Se come hasta los puercoespines... Mañana temprano usted ve el rastro. El jaguar deja catinga, uno lo encuentra, si vamos antes del calor. Mañana temprano vamos a lavarnos el cuerpo. ¿Quiere? ¿Ñen? La catinga es más fuerte en el lugar donde parieron y vivieron con la cría, hiede mucho. Me gusta... Ahora puede estar tranquilo, quieto, guarde el revólver en la bolsa. El jaguar Uíñúa ya no viene. Ni es de estos rumbos. Atravesó la vereda, a menos que Maramoñangara haya ido a su terreno, entonces Uíñúa se molestó, se mudó... Todo tiene su lugar: lugar de beber agua — la Tibitaba va a la pocita donde hay una palmera doblada; Come-Gente bebe en el mismo lugar con Suú-Suú, en la boca de la veredita... En medio de la vereda ancha hay una piedra muerta: Come-Gente nada hacia allá, pisa en la piedra muerta, parece que se para dentro del agua, es horrible de feo. Sacude una pierna, sacude otra, sacude el cuerpo para secarse. Ve todo, ve la luna... A Come-Gente le gusta vivir en las islas, capoama de isla, a-hé. ¿Ñen? ¿No come? ¡Achi! El jaguar metió la mano en un agujero de la cafúa, agarró al niño pequeño en el catre, le abrió la barriguita...

No fue aquí, fue en el rozado de la Llanura Nueva, eh. Jaguar vieja, tigre de un jaguar conocido, jaguarapinima demasiado grande, la gente la llamaba Pie-de-Olla. El padre del niño pequeño era mediero, agarró la escopeta, siguió al jaguar, sacaquera, sacaquera. La jaguar Pie-de-Olla había matado al niño pequeño, había matado una mula. El jaguar que llega cerca de las casas no tiene miedo de que lo corran, jaguar viejo, jaguar jefe, come gente, bicho peligroso, casi como hombre malo. El mediero fue siguiendo el rastro, sacaquera, sacaquera. El pinima camina mucho, camina lejos toda la noche. Pero Pie-de-Olla había comido, comido, comido, bebió sangre de la mula, bebió agua, dejó su rastro, se fue a dormir a

unos matorrales, en un claro, muy a gusto. Encontré su rastro, no lo dije, no le conté a nadie. ¿Qué el mediero no dijo que el jaguar era de él? El mediero fue a buscar a los perros, los perros encontraron el rastro, encontraron al jaguar. Lo acosaron. El mediero llegó, gritó de rabia, la escopeta le negó el fuego. Pie-de-Olla reventó al mediero, le rompió la cabeza, metió los cabellos dentro de los sesos. Enterraron al mediero con el niño pequeño su hijo, lo que sobraba, yo fui, fui a ver. Me dieron comida, aguardiente, comida buena; yo también lloré junto con ellos.

Eh, entonces daban dinero a quien matara a Pie-de-Olla. Yo fui. Hablaban de seguirle el rastro. Hum-hum... ¿Cómo podían rastrear, encontrarlo rastreando? Yo andaba lejos... ¿Cómo iban a poder? Hum, no. Pero yo sé. Yo no busqué. Me acosté en el lugar, olí su olor. Yo me vuelvo jaguar. Entonces me vuelvo jaguar de verdad, ah. Maúllo... Entonces supe. Doblé para el Molinito donde corona la vereda. Allá era: aquella madrugada Pie-de-Olla ya había llegado, se comió una puerca, el dueño de la puerca era un tal Rima Torucuato, en el Saó, hacendado. El hacendado también prometió darme más dinero, para que la matara. Yo fui. Pedí otra puerca, nada más prestada, la amarré en un tronco del vivero. Oscurecida la noche, Pie-de-Olla nada sabía de mí, y vino por la otra puerca. Pero ni vino. Llegó tempranito por la mañana, el día clareando. Venteó, abrió la boca cerca de mí, le eché fuego dentro del gznate, y grité: —“¡Trágate esto, tío!” Entonces, junté el dinero de todos, me regalaron mucho de comer, por muchos días. Me prestaron un caballo con arreos. Entonces, Ño Ñuan Guede me mandó venir para acá, para desjaguarizar. ¡Porquería de hombre! ¡Hombre malo! Pero vine.

¿No debería? Aa, yo sé, no, yo no debería. El jaguar es mi pueblo, mis parientes. Ellos no sabían. Eh, yo soy ladino, ladino. No tengo miedo. No sabían que yo era un pariente feroz,

traicionero. Nada más temía toparme un día con un jaguar grande que camina con los pies hacia atrás, salido de la selva virgen... ¿Existirá, será? Hum-hum. Nunca se apareció, ya no tengo miedo. No hay. Había un jaguar, el Mocho, que también metió la mano dentro de casa, como Pie-de-Olla. A la gente de adentro le dio miedo. Se le enganchó la mano, ellos podrían haber salido. Les dio miedo, le cortaron nada más la mano, con la hoz. El jaguar rugía, le dejaron el muñón. Era un jaguar negro. No lo conocí. Le cortaron la mano, se pudo ir. Pero le dio por asustar a la gente, se comía a la gente, comía animales, dejaba pipura de tres pies, andaba cojo. Y nadie atinaba con él, para cazarlo. Prometían buen dinero; nada. No lo conocí. Era el jaguar Mocho. Después se perdió por este mundo. Espanta.

Oiga, ¿oyó? Eso, es maullido. Escuche. Maulló lejos. Es el macho Apiponga, que cazó un animal grande, jabalí. Se está llenando la panza. Lo mató en la orilla del monte, en el barranco, allá lo destrozó. Mañana voy. Eh. Usted no conoce a Apiponga: es el que ruge más terrible, más fuerte. Eh — salta unos saltos... Toda la noche caza, mata. Mata uno, ¡mata bonito! Come, sale; después, en seguida, regresa. De día duerme, calentándose al sol, duerme estirado. Vienen los mosquitos, eh, se enoja. Vaya, para ver... Apiponga duerme de día en las cabeceras del monte, cantidad de matorral, cantera grande. En ese lugar se comió a un hombre... Ih, ¡iche! Un día, una vez, se comió a un hombre...

¿Ñen? ¿Quiere saber dónde duerme de día María-María, ah? ¿Para qué quiere saberlo? ¿Para qué? Su lugar es en el romeral, en un claro del matorralito, aquí cerquita. ¡Ya! ¿De qué le sirvió? No sabe dónde es, eh-eh-eh... Si usted se topa con María-María, de nada le sirve que sea la jaguar más bonita — usted se muere de susto. Vea: abre los ojos: viene, viene, viene, con la boca medio abierta, la lengua moviéndose, allá

adentro... Se arquea un poquito, cuando hace calor, la lengua hacia adelante y hacia atrás, pero no se despegas del paladar. Golpea el pie en el suelo, suave, se despereza después, toda, cierra los ojos. Eh, echa las manos al frente, abre los dedos — saca cada uñota, mayor que el dedo meñique de usted. Entonces, me mira, me mira. Ella me quiere. Si yo se lo doy para que se lo coma, ella se lo come...

Vea aquí afuera. La luna está redonda. No digo nada. La luna no es mi compadre. Tonterías. Usted no bebe, yo me avergüenzo bebiendo solito, ya me acabé todo su aguardiente. ¿Que la luna es compadre del caraó? Caraó decía puras tonterías. ¿Auá? Un caraó llamado Curiuá quería casarse con una mujer blanca. Trajo cosas, se las regaló: estera bonita, penca de plátanos, un tucán manso de pico amarillo, un caparazón de tortuga, una piedra blanca con una piedra azul adentro. La mujer tenía marido. A-ha, esto fue: a la mujer blanca le gustaron las cosas que caraó Curiuá le traía. Pero no quería casarse con él, era pecado. Caraó Curiuá se rió, dijo que estaba enfermo, que sólo si la mujer blanca se acostaba con él en la hamaca se curaba. No hacía falta casarse de verdad, con acostarse una vez bastaba. Armó la hamaca por ahí cerca, se acostó, no comía nada. El marido de la mujer llegó, la mujer le contó. El hombre blanco se puso furioso. Le recostó la carabina en el pecho, caraó Curiuá se puso a llorar, el hombre blanco mató a caraó Curiuá, sentía mucha rabia...

Hum, hum. Vea: yo estaba allá, nunca maté a nadie. En el Socó-Boi tampoco maté a nadie. No maté nunca, no podía, mi madre me dijo que no matara. Me daban miedo los soldados. No puedo ir preso: mi madre me contó que no puedo ser preso, si me llevan preso me muero — porque nací en tiempo de frío, por el tiempo en que el seyusú taba bien en medio de lo alto del cielo. Usted vea, el seyusú tiene cuatro estrellitas, más dos. Ah bueno: ¿ve la que falta? ¿No la distingue? La otra

— soy yo... Mi madre me lo dijo. Mi madre india era buena, buena conmigo, como el jaguar con sus cachorros, jaguaráin. ¿Usted ya vio al jaguar con los jaguarcitos? ¿No los ha visto? La madre los lame, lame, habla con ellos, jaguañeñén, los alisa, los cuida. La madre jaguar muere por ellos, no deja que nadie se acerque, no... Nada más la suasurana es pixote, huye, le deja los hijos a quien los quiera...

Eh, el jaguar es mi pariente, jaguareté, mi pueblo. Mi madre decía, mi madre sabía, ue-ue... El jaguareté es mi tío, tío mío. A-ha. ¿Ñen? ¿Que yo maté jaguares? Maté pues, maté. Pero ya no los mato, ¡no! En el Socó-Boi, aquel Pedro Pampolino quería, me encargó: que yo matara a otro hombre, por ajustar cuentas. No quise. Yo, no. ¿Para que me agarren los soldados? Estaba un tal Tiaguín, ése sí quiso: se ganó el dinero que iba a ser para mí, se fue a esperar al otro hombre a la orilla del camino... ¿Ñen, cómo fue? No sé, no me acuerdo. Yo no lo ayudé, ¿ayudé a alguien? No quise saber de nada... Tiaguín y Misiano mataron a muchos. Después lo hicieron para un hombre viejo. Hombre viejo rabioso, juraba que se iba a beber la sangre del otro, del hombre joven, yo lo escuché. Tiaguín y Misiano ataron al hombre joven, el hombre viejo le cortó el pescuezo con el machete, recogía la sangre en una vasija... Entonces dejé el trabajo que tenía, me fui, me fui a topar con la Llanura Nueva...

Aquel Ño Ñuan Guede, padre de la muchacha gorda, el peor hombre que hay: me puso aquí. Dijo: — “¡Mata a todos los jaguares!” Me dejó aquí solito, yo ñun, solito que no podía hablar sin escucharme... Solito, todo el tiempo, los periquitos pasan gritando, el grillo silba, silba, toda la noche, no puede dejar de silbar. Viene la lluvia, llueve, llueve. No tengo padre ni madre. Nada más mataba jaguares. No debería. El jaguar es tan bonito, es mi pariente. Aquel Pedro Pampolino dijo que yo era inservible. Tiaguín dijo que yo era flojo, flojo, membeca.

Maté cantidad de jaguares. Ño Ñuan Guede aquí me trajo, nadie quería dejarme trabajar con los demás... Porque yo no servía. Nada más estarme aquí solito, todo el tiempo. Era un bueno para nada, no sabía trabajar bien, no me gustaba. Nada más sabía cazar jaguares. ¡Ah, no debería! Nadie quería verme, no me querían, todo el mundo me maldecía. María-María vino, vino. ¿Iba yo a matarla? ¿Cómo iba a poder? No podía matar a ningún jaguar, el jaguar es mi pariente, taba triste de haber matado... taba con miedo, por haber matado. ¿Ñún, ningún? Ai, ai, gente.

Por la noche me inquietaba, no sé nada, dando vueltas de un lado para otro, no podía dormir, no; que empezaba y no acababa, no sabía, cómo es, no sabía. Me dieron ganas... ganas locas de volverme jaguar, yo, yo, un jaguar grande. Salir como jaguar, en lo oscurito de la madrugada... Rugía callado dentro de mí... Tenía las uñas... había una soroca sin dueño, de un jagareté-pinima que maté; para allá me fui. Su olor taba todavía fuerte. Me acosté en el suelo... Eh, me pongo frío, frío. El frío va saliendo de los matorrales, de alrededor, de todas partes de la choza... Me ericé. Frío como no hay otro, ningún frío tan frío. Yo podría haberme despedazado de tanto temblar... Entonces tuve un calambre en todo el cuerpo, me sacudía; tuve un ataque.

Cuando mejoré, taba de pie con la mano en el suelo, con ganas de caminar. ¡Qué tranquilidad! Allí estaba, dueño de todo, solito alegre, de veras bien, todo el mundo me necesitaba... ¡No tenía miedo de nada! En ese momento yo sabía lo que cada quien pensaba. Si usted hubiera estado aquí, yo sabría lo que usted estaba pensando...

También sabía lo que el jaguar estaba pensando. ¿Usted sabe en lo que piensa el jaguar? ¿No sabe? Eh, entonces aprenda: el jaguar sólo piensa en una cosa — que todo es bonito, bueno, bonito, bueno, sin toparse con nada. Nada más piensa eso, to-

do el tiempo, largo, siempre lo mismo, y así va pensando mientras camina, come, duerme, haga lo que haga... Cuando algo malo ocurre, entonces de pronto chirría, ruge, tiene rabia, pero no piensa en nada: en ese instante deja de pensar. Nada más cuando todo vuelve a estar tranquilo, piensa otra vez, igual, como antes...

Eh, ahora ya sabe; ¿será? Ha-ha. ¿Ñen? Aa, pues salí caminando con las manos en el suelo, me fui. Me dio una rabia grande, ganas de matar todo, cortar con la uña, con el diente... Rugí. Eh, yo — ¡rerrugí! Al día siguiente, mi caballo blanco que traje, que me regalaron, el caballo estaba despedazado, medio comido, muerto, yo amanecí todo untado de sangre seca... ¿Ñen? No importa, no me gustan los caballos... Caballo taba lastimado en la pierna, ya no servía...

Entonces quise ver a María-María. ¿Ñen? No me gustan las mujeres... A veces me gustan... Voy como los jaguares, en medio de los espinos, despacito, despacito, sin hacer ruido. Pero no me espino, casi nunca. Cuando me espino el pie, se lastima, uno se pasa días enfermo, no se puede cazar, se cultiva el hambre... Sí, pero a María-María, si se pone así, le llevo de comer, ha, ha-a...

Hum, hum. Eso no es el ruido del jaguar. La urucuera pió, y un animalito corrió, sin rumbo. Eh. ¿Cómo sé?! Puede ser venado, caititú, capivara. ¿Cómo es? Aquí hay de todo — hay gallineros, corrales, cerquita del campo... lo demás son sapos, grillos del monte. También pajaritos que pían en medio del sueño... Oiga: si yo me duermo primero, ¿usted también se duerme? Puede recostar la cabeza en el morral, el morral no es de nadie, el morral era del negro. Adentro no hay cosas buenas, hay ropa vieja, no valen nada. Estaba el retrato de la mujer del negro, el negro era casado. El negro murió. Yo agarré el retrato, le di vuelta para no ver, lo llevé lejos, lo escondí en lo hueco de un palo. Lejos, lejos; no me gusta tener retratos conmigo...

Eh, rugió y usted no oyó. Rugió murmurando... ¿Tiene miedo? ¿No tiene miedo? Usted no tiene miedo, de veras, lo veo. Hum-hum. Eh, ¡usted estando cerca usted sabe lo que es el miedo! Cuando el jaguar ruge, el hombre se estremece... El azagayero no tiene miedo, nunca. Eh, hombre azagayero es difícil de encontrar, hay muy pocos. Azagayero — gente sin sollozo... Todos los demás tienen miedo. El negro es el peor...

Eh, al jaguar le gusta la carne de negro. Cuando hay un negro en una comitiva, el jaguar lo sigue, escondido, por los escondidos, atrás, atrás, atrás, echándole el ojo. El negro rezaba, se agarraba de uno, temblaba. No fue ése el que vivió en el jacal, no; ese que vivió aquí: negro Tiodoro. Fue otro negro, negro Bijibo, veníamos orillando el río Urucuia, después el riachuelo Muerto, después... El viejo barbón, barba blanca, traía botas, botas de cuero de sucurijú. El viejo de las botas tenía un trabuco. Él más sus hijos y el negro borracho se iban para el otro rumbo, para la Sierra Bonita, se internaban en aquella dirección, para llegar... Negro Bijibo no tenía valor: tenía que viajar solo, volvía a algún lugar —no sé— lejos... El negro tenía miedo, sabía que el jaguar acechaba: el jaguar venía, sacaquera, yo sabía que toda la noche taba rondando, de uauaca, cerca del fueguito del campamento...

Entonces hablé con el negro, le dije que también me iba con él, hasta Formoso. No hacían falta armas, yo tenía pistola, escopeta, cuchillo, machete, azagaya. Puras mentiras que le dije: yo me regresaba para aquí, había ido a hablarle fuerte a Ño Nuan Guede, que no iba a matar jaguares nunca más, he dicho. Yo me regresaba para acá, di una vuelta larga, nada más por el negro. Pero el negro Bijibo no sabía, se fue a viajar conmigo...

Mire: no me parecía mal, no, no le tenía coraje, me gustó el negro Bijibo, le tenía lástima, en realidad quería ayudar porque tenía mucha comida buena, alimentos, lástima de que así siendo tuviese que viajar solín... El negro Bijibo era bueno,

con aquel tremendo miedo, no me dejaba a ninguna hora del día... Caminamos tres días. El negro conversaba, conversaba. Me gustaba. Negro Bijibo tenía harina de yuca, queso, sal, piloncillo, frijoles, charqui, tenía anzuelo para pescar, tocino salado... ¡Ave María! — el negro cargaba todo eso en la espalda, yo no lo ayudaba, no me gusta, vaya a saber cómo podía... Yo cazaba: maté un venado, un jacú, codornices... el negro comía. ¡Atié!, que comía, comía, nada más quería comer, nunca vi cosa igual... Negro Bijibo cocinaba. Me daba de su comida, yo comía hasta llenarme la panza. Pero el negro Bijibo no se cansaba de comer. Comía, hablaba de comida, entonces me quedaba viéndolo comer y yo comía aún más, me empanzurraba, eructaba.

Estábamos echados debajo de un árbol, prendimos el fuego. Miré al negro Bijibo comiendo, él con aquella alegría loca de comer, todo el día, todo el día, llenándose la boca, llenándose la barriga. Me dio rabia aquello, rabia, rabia feroz... ¡Ache, achi! El negro Bijibo comiendo tanto, comiendo de todo lo bueno, hambriento, y el pobre jaguar con hambre, queriendo comerse al negro Bijibo... me fue dando más rabia. ¿A usted no le da rabia? No dije nada. A-ha, ah pues, nada más le dije al negro Bijibo que allí era el lugar más peligroso, en todas partes había soroca de jaguar moteado. Ui, el negro dejó de comer, el negro ya no podía dormir.

Eh, entonces ya no sentía más rabia, quería jugar con el negro. Me fui, callado, callado, despacio, como si no fuese nadie. Saqué lo de comer, todo, todo, me lo llevé, lo escondí en una rama de árbol, muy lejos. Eh, regresé, deshice mi rastro, eh, me quería reír, alegre... Caminé mucho, por un rumbo y por otro y regresé hacia atrás, trepé en palo alto, me escondí... ¡Demonio, demonio, el jaguar no venía! De mañana temprano, daba gusto ver cuando el negro Bijibo se despertó y no me encontró, no...

Todo el día lloraba, buscaba, buscaba, no podía creerlo. Eh, desorbitaba los ojos. Andaba en círculos, enloquecido. Me buscó hasta en el agujero de un hormiguero... Pero tenía miedo de gritar y alertar al jaguar, entonces decía bajito mi nombre... El negro Bijibo temblaba, oía los dientes chocando, oía. Temblaba: como piririca de carne que se asa en el asador... Después, se ponía como idiota, se acostaba en el piso, de bruces, se tapaba los oídos. Se tapaba la cara... Esperé todo el día, trepado en el tronco, yo también tenía hambre y sed, pero ahora yo quería, ni sé, quería ver al jaguareté comiéndose al negro...

¿Ñen? El negro no me había ofendido. El negro Bijibo era muy bueno, hombre acomodado. Yo no le tenía rabia. ¿Ñen? ¿No estaba bien? ¿Cómo sabe usted? No estaba allá. A-ha, el negro no era mi pariente, no debía haberse ido conmigo. Le llevé el negro al jaguar. El negro me quiso acompañar. Yo estaba en lo mío... Hum, ¿por qué está buscando con la mano el revólver? Hum-hum... Aa, arma buena ¿será? Ha-ha, revólver bueno. ¡Eré! Usted déjeme agarrarlo con mi mano para verlo bien... A-ña, ¿no me deja, no me deja? ¿No le gusta que lo agarre? No tenga miedo. Mi mano no lo deja caipora. A quien no dejo tocar las armas es a la mujer, mujer no dejo; no dejo ni ver, no debe. Las deja panema, caipora... Hum, hum. No señor. Sí. Sí. Hum, hum. Usted sabrá...

Hum. Hum. Sí. No es. Eh, *n't, n't*... Achi... Sí. No señor, no sé. Hum-hum. No señor, no estoy agraviado, el revólver es suyo, usted es el dueño. Yo taba pidiendo nada más por ver, arma buena, bonita, revólver... Pero mi mano no la deja caipora, ¡pa! — No soy mujer. Yo no soy panema, yo — marupiara. Usted no quiere dejarme, usted no cree. No digo mentiras... Ta bueno, me tomo un trago más. ¡Usted también bebe! No toyo ofendido. Apé. Aguardiente bueno de buena...

Bueno, a usted le gusta oír contar, ah pues, le cuento. ¿Des-

pués que estuvo el negro Bijibo? Yo regresé. Llegué aquí, encontré otro negro, ya viviendo dentro de la choza. Primero salté para pensar: éste es hermano del otro, vino a vengarse, uí, uí... No era. Negro llamado Tiodoro: Ño Ñuan Guede lo ajustó para quedarse después, para matar a todos los jaguares, porque yo ya no quería matarlos. Dijo que la choza era suya, que Ño Ñuan Guede había dicho, le había dado la choza al negro Tiodoro para toda la vida. Pero que yo podía vivir con él, tenía que ir por leña, por agua. ¿Yo? Hum, yo — no, de veras, no.

Hice una tipóia para mí, con hojas de palmera, cerca de la soroca de María-María. Ahá, negro Tiodoro habría de venir a cazar por allí... Ah bueno, ah bueno. Negro Tiodoro no cazaba jaguares — le había mentido a Ño Ñuan Guede. Negro Tiodoro buena persona, tenía miedo, pero cantidad de miedo. Tenía cuatro perros grandes — perro ladrador. Apiponga mató dos, uno desapareció. Maramonhangara se comió el otro. Eh-eh-eh... Perro... No cazó ningún jaguar. Claro que el negro Tiodoro sólo vivió en la choza una luna nueva: entonces se murió, y ya.

Negro Tiodoro quería ver otras gentes, pasear. Me daba de comer, me llamaba para pasear con él, juntos. Eh, sé; tenía miedo de andar solito por ahí. Llegaba a la orilla de la vereda, le daba por tener miedo de los sucruíu. Yo eh, yo tengo mi macana buena, atada con tira fuerte de plantas: pasaba la tira en el cuello, iba con la macana colgada; no tenía miedo de nada. Entonces, el negro... Fuimos allá muchas leguas, en medio del brezal, buena tierra para plantar. Veredero don Rauremiro, buen hombre, pero lo llamaba a uno silbando, como perro. ¿Acaso soy perro? Don Rauremiro hablaba: — “No entres en el cuarto de nosotros, quédate allá, tú eres indio...” Don Rauremiro conversaba con el negro Tiodoro, platicaba. Me daba comida, pero no conversaba conmigo. Salí de allá

con una rabia, rabia de todos: de don Rauremiro, su mujer, las hijas, niño pequeño...

Llamé al negro Tiodoro: después de comer, nos íbamos. Negro Tiodoro quería pasar por la boca de la veredita — acostarse en la estera con la mujer del hombre loco, mujer muy buena: María Quirinea. Pasamos por allá. Entonces, me pidieron que saliera de la casa un rato largo, a vigilar el monte, vigilar el camino, arué, para ver si alguien venía. Muchos hombres estaban acostumbrados, iban allá. Muchos hombres: jababora, sertaneros, aquellos tres que ya murieron. Allí cerca, vi el rastro. Huella redonda, pipura del jaguar Porretera, cuando iba a cazar. Taba lloviendo fino, casi llovizna. Me escondí debajo del árbol. Negro Tiodoro no salía de allá dentro, con aquella mujer María Quirinea. El loco su marido, ni taba gritando, debía estar durmiendo encadenado...

Uí, entonces vi que venía un sertanero, aquel don Rioporo, hombre malo como él solo, siempre taba furioso. Don Rioporo venía vestido con una capa grande de hoja de palmera para no mojarse, venía respingando, apoyaba el pie en el lodo. Salí de debajo del árbol, allá fui, a encontrarlo, para cercarlo, para que no viniese, que negro Tiodoro había mandado.

—¿Qué estás haciendo aquí, tigrero sinvergüenza?! —fue lo que dijo, me gritó, gritó muy valiente.

—Toy viéndole la cola a la lluvia... —yo dije.

—¿Pues, por qué no vas a ver a tu madre, desgraciado?! —volvió a gritar, y gritó más, mucho. Qué hombre para sentir rabia.

Ah, gritó, ¿pues gritó? ¡Pa! ¿Mi madre, sí? Ah, pues sí. ¡Pa! Ah bueno, ah bueno. Entonces yo le dije que el jaguar Porretera taba escondido allá en el hondón del despeñadero del barranco.

—Jame ver, jame ver ya... —él dijo. Y— chi, son mentiras tuyas, ¿no? ¡Demonio, mientes por sinvergüenzada!

Pero vino, llegó al borde del despeñadero, en el bordecito, se inclinó, viendo hacia abajo. ¡Lo empujé! Empujé, nada más un tantito, ni fue con fuerza: sertanero Rioporo se despencó en el aire... ¡Apé! ¿Ñen-ñen lo fue? ¿Lo maté, yo lo maté? Ah, pues, no lo maté. Él todavía estaba vivo cuando cayó allá abajo, cuando el jaguar Porretera comenzó a comérselo... ¡Bueno, bonito! ¡Eh, p's, eh porá! ¡Eré! Cómete a ése, tío...

No le dije nada al negro: ui... Mujer María Quirinea me dio café, dijo que yo era un indio bonito. Nos regresamos. Negro Tiodoro se ponía furioso conmigo, callado. Porque yo sabía cazar jaguares, él no. Yo tapijara, sapijara, encontraba los bichos, los árboles, plantas del monte, todas, él no. Yo tenía todos estos cueros, no los quería vender. Él los veía con ojos de perro, creo que quería los cueros todos para él, para vender, mucho dinero... Ah, negro Tiodoro les contó mentiras de mí a los otros sertaneros.

Aquel jababora Gugué, hombre bueno, pero bueno de veras, nunca me insultó. Yo quería pasear, no le gustaba caminar: se la pasaba echado, en la hamaca, en el pasto, todo el día, todo el día. Hasta me pedía que le trajera agua en el guaje, para que bebiera. No hacía nada. Dormía, pitaba, se estiraba acostado, platicaba. Yo también. ¡Aquel Gugué tenía una plática sabrosa de tan buena! Eh, no hacía nada, no cazaba, no cavaba el suelo para sacar yuca, no quería pasear. Entonces ya no quise verlo. Eh, coraje no, nada más me enfadó. ¿Usté sabe? ¿Usté ya vio? Aquel hombre blando, blando, flojeando por querer, panema, ¡iche! Me daba escalofríos... No quería tenerle rabia, no quería hacer nada, no quería, no quería. Hombre bueno. Le dije que me iba.

—No te vayas... —él dijo—. Vamos a platicar... —pero él dormía, dormía, todo el día. De pronto, eh, yo jaguaricé... ¡Ia. No me aguanté. Conseguí una liana, conseguí una cuerda de planta, buena, fuerte. Amarré a aquel Gugué en la hamaca. Lo

amarré rápido, amarré las piernas, amarré los brazos. Cuando él quería gritar, hum, ¡cho! Achi, no lo dejé: le atasqué hojas, hojas, allá en él, boca adentro. No había nadie allá. Cargué aquel Gugué, con la hamaca enrollada. Pesadón, pesado, eh. Se lo llevé al Come-Gente. Come-Gente, jaguar jefe, jaguar, se comió al jababora Gugué... Come-Gente, jaguarzón enorme, come gruñendo, gruñendo, como si fuese jaguarcito... Después me puse triste, con lástima de aquel Gugué, tan bueno, teité...

Entonces era de noche, fui a conversar con otro sertanero que aún quedaba, llamado Antunías, jababora, claro. ¡Hombre amarillo de tan ridículo! No daba nada, guardaba todo para él, prestaba un puñado de munición si después pagaba uno con dos. ¡Iche! Bueno... Llegué, él taba comiendo, escondió lo de comer debajo de un canasto, pero yo lo vi. Entonces le pedí que me dejara dormir dentro de la choza. —“Dormir, puede. Pero vaya por ramitas para el fuego...”, fue lo que rezongó. —“Eh, ta de noche, ta oscuro, mañana temprano le cargo leña buena...”, yo dije. Entonces me mandó que le arreglara unas alpargatas viejas. Dijo que mañana temprano iba a lo de María Quirinea, que no me podía quedar solo en la choza, para que no fuera a tocarle sus cosas. Ah pues, yo dije: —“Creo que el jaguar agarró a Gugué...”

—¡Eh Tunía! —que así le decía Gugué. Abrió los ojos. Preguntó por qué me parecía. Dije que había escuchado el grito de Gugué y el rugido del jaguar comedor. ¿Usté ya vio? ¿Sabe lo que él dijo? ¡Achi! Que si el jaguar había agarrado a Gugué, entonces todo lo que era de Gugué pasaba a ser de él. Que después se iba para otra sierra, que si yo quería ir junto para ayudarlo a cargar sus cosas, triques. —“Que sí voy...”, yo dije.

Ah, pero esto no lo cuento, ¡que no cuento, que no cuento, de ninguna manera! ¿Pero qué quiere saber? ¿Quiere saber to-

do? ¿Usté es soldado?... Ah bueno, ah bueno, yo cuento, usté es mi amigo. Le puse la punta de la azagaya en el... Jeme mostrar, ¿cómo fue? Ah, no quiere, ¿no puede? ¿Usté tiene miedo que le ponga la punta de la azagaya en los pechos, eh, será, ¿ñen? Pero, entonces, ¿para qué quiere saber?! Ache, usté hombre blando... Usté tiene miedo, todo el tiempo... Ah bueno, tuvo necesidad de ir andando, llorando, sacemo, en la oscuridad, caía, levantaba... —“No puede gritar, no puede gritar...”, yo decía, regañador, pinchaba, empujé con la punta de la azagaya. Se lo llevé a María-María...

Por la mañana temprano, yo quería beber café. Pensé, iba a pedir café de visita, pedirle a aquella mujer María Quirinea. Me fui para allá, fui viendo: ¡curuz! De todos los rumbos, a los lados de la llanura, había huellas de jaguar... Eh, mis jaguares... Pero todos tienen que saber de mí, eh, soy pariente — eh, si no, le prendo fuego al campo, al matorral, gruta de matorral, soroca de ellos, le prendo fuego a todo, al final de la sequía...

Aquella mujer María Quirinea, muy buena. Me dio café, me dio de comer. Su marido loco taba quieto, don Suruveo, no era su luna, se reía, reía, reía, no gritaba. Eh, pero María Quirinea comenzó a verme de un modo pícaro, diferente, de veras: cada ojo brillaba, se reía, abría las narices, me tomó de la mano, alisó mi pelo. Dijo que yo era bonito, más bonito. Yo — me gustó. Pero entonces me quería jalar a la estera, con ella, eh... me dio una rabia grande, tan grande, grande, montón de rabia, ¡yo quería matar a María Quirinea, dársela al jaguar Tatacica, a todos los demás!

Eh, entonces me levanté, iba a agarrar a María Quirinea por el gañote. Pero ella fue quien habló: —“Bueno, ¿tu madre debe haber sido muy bonita, buenita, muy buena, será?” Aquella mujer María Quirinea era muy buena, bonita, la quiero mucho, me acuerdo. Dije que todos se habían muerto, comidos

por el jaguar, que se fuera, que se mudara, en ese momento, ir ya, ir ya, pronto, de veras... Para cualquier otra parte era necesario que se fuera. María Quirinea sintió un miedo enorme, cantidad, dijo que no podía ir, por el marido loco. Yo dije: yo la ayudaba, los llevaba. Los llevaba hasta la Vereda de la Concepción, allá ella tenía personas conocidas. Yo fui con ellos. El marido loco no dio trabajo, casi. Yo le decía: —“¿Vamos a pasear, don Suruveo, más lejos?” Él respondía: —“Ah pues, vamos, vamos, vamos...” Vereda llena, tiempo de lluvia, fue lo que dio más trabajo. Pero llegamos, María Quirinea dijo despedida: —“Usted hombre bueno, hombre valiente, hombre bonito. Pero a usted no le gustan las mujeres...” Entonces, yo le dije: —“No me gustan. Yo — yo tengo la uña grande...” Ella se rió, rió, rió, yo regresé solito, orillando todas esas veredas.

Ué, ué, di un rodeo al regreso; después le encontré el modo, por detrás de los brezales: no quería ver al veredero don Rauremiro. Tenía hambre, pero no quería de lo suyo de comer — hombre muy soberbio. Comí araticún y habas dulces; a la orilla de un matorral, descansé. De pronto, me dio aquel frío, frío, aquél, se me torció la pierna... Eh, después, no sé: desperté — taba en la casa del veredero, era por la mañana tempranito. Yo taba en barro de sangre, las uñas todas rojas de sangre. El veredero taba mordido muerto, la mujer del veredero, las hijas, el niño pequeño... Eh, ¡juca-jucá, atié, atiuca! Entonces me dio lástima, me dio coraje. Hum, ¿ñen? ¿Usted dice que yo maté? Mordí pero no maté... No quiero ir preso... Tenía sangre de ellos en mi boca, mi cara. Hum salí, anduve solín por los montes, fuera de mí, con ganas de subirme a los árboles, eh, monte muy grande... Caminé, caminé, no sé cuánto tiempo. Pero cuando me mejoré de mí, otra vez, taba todo desnudo, muriéndome de hambre. Sucio de todo, de tierra, con la boca amarga, atié, amargoso como corteza de caoba... Estaba acostado en el romerito, en el lugar, María-María se acercó...

¿Usted me oye, ñen? Se da cuenta... Yo soy jaguar, ¿no le dije?! Achi. ¿No le dije — que yo me vuelvo jaguar? Jaguar grande, tubixaba. Vea mi uña: usted ve — uñón negro, uña dura... Viene, me huele: ¿tengo catinga de jaguar? Negro Tiodoro dijo que tengo, ui, ui... Todos los días me lavo el cuerpo en la poza... Pero usted puede dormir, hum, hum, no va a esperar al compañero. Usted ta enfermo, hace falta que se acueste en el catre. El jaguar no viene aquí, puede guardar el revólver...

¡Aaa! ¿Usted ya mató gente con él? ¿Mató, ah pues, mató? ¿Por qué no me lo dijo? A-ha, mató, de veras. ¿Mató cuántos? ¿Mató muchos? Ha-ha, usted hombre valiente, mi amigo... Eh, vamos a beber aguardiente, hasta que la lengua nos pique de arena... Toy imaginando una cosa, buena, bonita: ¿vamos a matar al compañero, mañana? Matamos al compañero, compañero malo, no sirve, dejó que el caballo huyera al monte... ¡¿Vamos a matar?! ¡Uh, uh, atimbora, quieto en el lugar! Usted está muy soñoliento... Oiga: usted no vio a María-María, ah, pues no la vio. Es necesario que la vea. Al rato ella viene, si yo quiero ella viene, viene a munguitarlo a usted...

¿Ñen? Ah bueno, ah pues... Mientras tanto que taba en el romerito con ella, usted debería de haberla visto. María-María hace muecas, raspa el suelo con la mano, salta de lado, salto suave de jaguar, bonito, bonito. Eriza la línea del espinazo, hincha la cola, abre la boca y cierra, rápido, como gente con sueño... Como usted, eh, eh... Que camina, que camina, meneándose, despacirosa, no le tiene miedo a nada, cada anca levantándose, aquel pelo lustroso, viene juiciosa, más bonita que todas, muy formal... Ella me gruñía bajito, quería venir conmigo, agarrar al negro Tiodoro. Entonces, me dio aquel frío, aquel friiiiío, el calambre todo... Eh, yo soy flaco, atravieso cualquier parte, el negro era medio gordo... Vine caminando, mano en el piso... negro Tiodoro con los ojos enloquecidos de miedo, ih, ojo enorme de ver... ¡El rugido!...

¿Le gustó, eh? El negro no era bueno, oh, oh, oh... Oiga: usted sí es bueno, usted es mi amigo... Oiga: déjeme verlo bien, déjeme agarrarlo un poquito, nada más un poquito, acercarle mi mano...

Ei, ei, ¿qué está usted haciendo?

¡Voltee ese revólver! No juegue, voltee el revólver para el otro lado... No me muevo, soy quieto, quieto... Oiga: ¿usted quiere matarme, ui? ¡Quite, quite el revólver para allá! Usted ta enfermo, ta desvariando... ¿Vino a llevarme preso? Ui: pongo la mano en el piso de casualidad, sin razón... Ui, el frío... ¡¿Usted está loco?! ¡Atié! ¡Sálgase, la choza es mía, cho! ¡Atimbora! Usted me mata, el compañero viene, se lo lleva preso... El jaguar viene, María-María se lo come... El jaguar es mi pariente... Ei ¿por culpa del negro? No maté al negro. Taba contando tonterías... ¡Mire el jaguar! Ui, ui, usted es bueno, no me haga eso, no me mate... Yo — Macuncozo... No haga eso, no lo haga... Ñeñeñén... ¡Heeé!...

He... Aar-rrá... Aaah... Usted me arahoou... Remuací... Reiucanacé... Araaa... Uhm... Ui... Ui... Uh... Uh... eeee... ee... e... e...

De *Estas estórias*, Editora José Olympio, 1968

Traducción de Valquiria Wey

GLOSARIO

- A-ha*. Del tupí 'a', *he aquí, ya*, y 'ha', guturalización de la palabra anterior. Esto implica una reiteración del significado de 'a', *ya-ya* o *he aquí-he aquí*.
- Aaah*. Véase ficha anterior. Prolongación de 'ah'. Pertenece al episodio final de la muerte del protagonista.
- Aar-rrá*. Del tupí 'ara', *caer*. Pertenece al episodio final de la muerte del protagonista, cuando se supone que ha sido herido: *caigo*.
- Araaa*. Véase ficha anterior. *Caigo*.
- Abaeté*. Tupí. De 'abá', *hombre*, y 'eté', verdadero: *hombre honrado, de valor*.
- Abaúna*. Tupí. De 'abá', *hombre*, y 'una', *negro, oscuro*: *hombre negro*.
- Acutía, acuté*. Tupí. En portugués 'cotía', un roedor pequeño de la familia de los cávidas (*Dasyprocta aguti* Lin.)
- ¿Aná? Ana*. Tupí, 'aná', nasalización de 'sara', un sufijo con varias funciones gramaticales, significa *lo que*. El contacto con partículas interrogativas portuguesas como *¿o qué?* pudo haber llevado a la agudización de la prosodia. Por lo tanto '¿aná?' significaría *¿lo qué?* En el tupí-guaraní la reiteración cumple una función significativa importante.
- Anta* (Brasil). Mamífero ungulado de la familia de los tapíridas, también llamado *tapir*.
- Añún*. *Anhum* en el original portugués. Tupí. La palabra indica un posible cruce lingüístico entre el portugués y el tupí: 'a', pronombre personal, *yo* (variante de 'xe'), 'nhó', *sólo, solamente*, y 'um', la terminación de 'nenhum', *ninguno* en por-

tugués. *Solo, solito, sin ninguno*. La trasposición de categorías gramaticales es un procedimiento usual en el lenguaje de Guimarães Rosa.

Añuno. Lo mismo que *añún*.

A-he, a-he. Del tupí 'he', interrogación, y 'a', *yo*. 'He' va siempre pospuesto. *Yo pregunto*.

Apé. Tupí. Casco, concha, cascarón, escama, superficie (lo contrario de reverso). También lo exterior, la apariencia. *¡Una persona! o ¡qué figura!*

Apiponga. Tupí. 'Apí', *acertar, tirar piedras en, tropezar en*, y 'ponga:' cosa que repercute y resuena. *El que tira y resuena*.

Araá. *Araã* en el original. Tupí. 'Araá', *atrevido*. Arara. Tupí. Guacamaya.

Araticún. En tupí, 'aratycu'. Designación de varios árboles de la familia de las anonáceas, y del fruto respectivo. Guanábana.

Arazá. Tupí. *Araçá* en el original portugués. Nombre común a diversos árboles y arbustos de la familia de las mirtáceas.

Arrhoó. Tupí. 'A' antepuesto, pronombre personal, *yo*, 'ró', *agujerear, ojo...* *Me hizo un agujero, me hirió*.

¡Arué! Tupí. De 'aru', *sapo*, y 'é', *como*. *Como sapo*.

¡Atié! Se trata sin duda de una interjección de enfado. No consta en ningún diccionario o vocabulario tupí, ni en la gramática del padre A. Lemos Barbosa. Sin embargo, es posible que derive de 'tieté', interjección de enfado, anteponiendo 'a', *yo*, y suponiendo también un apócope, muy común en el tupí hablado: 'a-tieté-atíé.' *Yo estoy furioso*.

Atimbora. Tupí. El verbo, ahumar, echar humo o vapor, y 'a', *yo*. *Echo humo*.

Atiúca. Tupí. De 'a-jucá' o 'a-iucá'. 'A', *yo*, y 'iucá' o 'jucá', *matar*. La 't' se usa antes del artículo o del verbo en el modo imperativo, por razones de eufonía. *¡Yo mato!*

¡Auá? Tupí. Se usa 'aub' por 'abá', *¿quién?* 'Aubá-auá'. *¿Quién?*

Axi. Tupí. El propio Guimarães indicó en el original que 'axi'

es variante de 'atié', por lo tanto es una interjección de enfado. No consta en los diccionarios de la lengua tupí y es la única pista que da el autor para interpretar la lengua del personaje.

Azagaya. Es una lanza corta. No es un término tupí. Pertenecce al portugués y al español arcaicos. Sin embargo, es muy popular entre los indios que la han incorporado a la lengua cotidiana, justamente para denominar el arma y a aquel que la usa.

Azagayero. El que usa la *azagaya*.

Bacuriquirepa. Tupí. 'Bacurí', *árbol, fruto*; 'quirepa', de 'quyrey-ma', *diligente, inteligente*; 'epá' y 'eyma' son sufijos. *Fruto o árbol inteligente*.

Breó, Beró. Tupí. Hay un cambio de 'p' por 'b'. En realidad su madre le decía 'peró', que significa, en portugués, *calvo, calvito*.

Saciara. Tupí. *Çaçiara* en el original. De 'çacy', *doler, tener lástima o penas*, y 'ara', partícula pospuesta que actualiza la acción. *Lo que me duele ahora*.

Cafúa. Africanismo. No pertenece al léxico tupí; sin embargo, el uso de esa palabra, bastante arcaica, está limitado a determinadas zonas de Brasil. Significa *antro, cueva, cuartucho*.

Caipora. No pertenece al léxico tupí. Es un brasileñismo que se refiere a un ente fantástico de la mitología indígena, y además indica la condición de constante infelicidad de un hombre en particular.

Caititú. Bras. Tupí. Especie de cerdo salvaje de la familia de los taiasuidas.

Calumbé. Bras. Del tupí *carumbé*. Vasija, cacharro cónico que se usa en las labores de minería.

Cangusú. *Cangussú* en el original. Tupí. De 'canga', *hueso, armazón*, y 'ussú', *grande y grueso*. *Hueso grande*.

Capivara. Bras. Tupí. Mamífero grande del orden de los roedores.

- Capoama*. Tupí. Isla.
- Capoeira*. Bras. De origen tupí. Matorral cortado o destruido, matorral fino que crece en el lugar del matorral virgen.
- Caraguatá*. Tupí. Bromelia. En México se llama *ave del paraíso*.
- Caruca*. Tupí. Orín.
- Carurú*. Tupí. Hierba. En México se le conoce como *huau-tzontle*.
- Cataca*. Tupí. Crujido.
- Catinga*. Tupí. Mal olor.
- Catú*. Tupí. Bueno, sano, conservado; bien, mucho.
- Caiñuara*. *Caiunhuara* en el original. Tupí. De 'cauim', *aguardiente de maíz*; 'nhuara', sufijo que le atribuye a alguien lo que indica la palabra antepuesta, en este caso: *el que bebe aguardiente*.
- Cipriuara*. Metaplasmo de 'xe', pronombre objetivo de primera persona, *para mí*; 'iur', del verbo irregular (radical 'ur'), *venir*, y '(s) ara', sufijo que en algunos casos se transforma en 'guara', *el que*. *El que vino para mí*.
- Ciquiciras*. No fue localizada.
- Ciriricas*. Tupí. Verbo intransitivo, deslizar, resbalar, remar.
- Coema-piranga*. Tupí. 'Coema', *amanecer*; 'piranga', *rojo*. *Amanecer-rojo*.
- Coité*. Tupí. Vasija para beber que se hace con la cáscara del fruto de un árbol que lleva el mismo nombre.
- Cuacuave*. Onomatopeya.
- Cuera*. Corresponde al sufijo '-uera', *lo que fue*, que en un proceso, frecuente en Guimarães en el portugués, cobra autonomía como vocablo con diferente categoría gramatical.
- Curiango*. Tupí. Nombre común a tres aves brasileñas, de la familia de las caprimúlidas.
- Curiuá*. *Curiuã* en el original. Tupí. 'Curi', igual a 'cori', *hoy*; y en relación al futuro, *va a ser*. 'Uá', igual a 'uma', *¿dónde?* Por

- lo tanto, este personaje tragicómico se llama *¿dónde va a ser?* o *¿para cuándo?* o *el que espera*.
- Curubas*. Tupí. El plural (en neorromance) de 'curuba', *grano*, *protuberancia*, *carozo*, *ampolla*, *sarna*, *vejigas*.
- Curuz*. Tupí. De 'curusá', *cruz*. El origen de la palabra es, evidentemente, hispano-portugués.
- Chi*. Xi, en el original. Interjección típicamente brasileña que implica desconcierto.
- Eré*. *Erê* en el original portugués. Es una interjección proveniente de 'erei', interjección de enfado.
- Guará*. Tupí. Garza.
- Ha-ha*. No consta en ningún diccionario o vocabulario tupí. Considero que se trata de la guturalización de la interjección 'ah'. El tupí es un idioma eminentemente gutural y nasal desde el punto de vista de la fonética.
- Iá, iá*. Tupí. De 'já', interjección, *¡bien hecho!*, con sentido de venganza. *¡Bien hecho, bien hecho!*
- Iá-axi*. Véanse las notas anteriores sobre las dos palabras. *¡Que le vaya mal!, estoy enojado*.
- ¿Iá-ña?* Tupí. En este caso 'iá' corresponde al pronombre de primera persona plural, nosotros. 'Nhá' también es primera persona plural antes de sílaba nasal. Extendiendo la tendencia del tupí a la reiteración sustantiva, el protagonista pregunta satisfecho: *¿nosotros-nosotros?*
- Ipé*. Tupí. Nombre común a diversos árboles de la familia de las binoniáceas. En Paraguay, Uruguay y Argentina se la conoce como *ceibo* o *ceiba*.
- ¡Iquente!* Tupí. De 'iqué', *entrar*, y '-te', *para que*. *Para que entre, ¡entra!* La palabra está evidentemente aportuguesada, tal vez para interpolar el sentido de *caliente* ('quente'), como en el juego de las escondidas.
- Ichi*. Ixi en el original. La interjección no consta en los diccionarios y vocabularios.

- Jababora.* Tupí. Fugitivo.
- Jacú.* Tupí. Ave. Nombre común a las aves de la familia de las crácidas.
- Jaguaráin.* *Jaguaraim* en el original. Tupí. De 'jaguara', *jaguar*, e 'i', diminutivo. La terminación en 'n' corresponde a la nasalización de la 'i' en el tupí-guaraní. *Jaguarcito.*
- Jaguañeñén, jaguañén.* Tupí. De 'jaguara', *jaguar*, y 'ñén', de 'ñeenga', *hablar. Jaguar dice, jaguar dice* o *la lengua del jaguar.*
- Jaguaretama.* Tupí. De 'jaguareté', *jaguar verdadero*, y '-ama', *lugar donde. Tierra de jaguares.*
- Jaguaruara.* Tupí. De 'jaguara', *jaguar*, y '(s)ara', participio activo, *el que. El que caza jaguares.*
- Jaguatirica.* Tupí. Ocelote.
- Jembé.* Actualmente *jembé* es un guiso. Viene del tupí, aproximadamente *comida caliente.*
- Jerejereba.* Tupí. 'Jereba', *darse vuelta, voltear. Gira-gira* o *se voltea-se voltea.*
- Jucá-jucá.* Lo mismo que *iucá-iucá.*
- Llora-luna.* Es un ave, el *urataú*, nombre tupí común a cierto tipo de aves nocturnas.
- Macuncozo.* Es uno de los nombres del protagonista. Según Haroldo de Campos, el mismo Guimarães Rosa le aclaró, en una carta, que *macuncozo* era una palabra africana. De Campos no explica si Guimarães le dio el significado.
- Mangaba.* Fruto de la *mangabeira*, árbol de la familia de las apocináceas, común en la flora brasileña que produce un látex rico en caucho.
- Mañuacá.* *Manhuacá* en el original. Tupí. De 'mano', *el que muere, o se desmaya*, y 'acá', sufijo de infinitivo. *Morir, desmayarse.*
- Maramoñangara.* *Maramonhangara* en el original. Según el poeta del siglo XIX, Antonio Gonçalves Dias, significa *guerrero. El guerrero.*

- Marupiana.* Según el Pequeno Dicionário Brasileiro da Língua Portuguesa, *marupiana* es una voz amazónica, antónimo de *panema*, y significa *persona feliz en la caza o en la pesca.*
- Marruá.* Brasileñismo. Novillo que no ha sido domado.
- Masaroca.* Palabra portuguesa que se ha vulgarizado en algunas regiones del Brasil. Se aplica al color amarillo de las mazorcas.
- Mimbauamañanacara.* Tupí. De 'mimbaua' o 'mimbabo', *ganado; 'mañana', guardar, vigilar, custodiar, rondar*, y 'sara', *el que. El que guarda el ganado.*
- Mixirí.* Tupí. De 'mixira', *asar, asado, cosa asada*, e 'i', diminutivo. *Asadito.*
- Mocañemo.* Tupí. Destruir, consumir, ahuyentar. *Ahuyentar.*
- Mopoama.* Tupí. *Mopuame*, levantar a quien está sentado. *Se levanta.*
- Mopoca.* Tupí. De 'mopoc', *reventar, derrumbar, hacer que las cosas crujan*, o *disparar*, y la desinencia de género femenino 'a' del portugués. *La que derriba.*
- Mpu.* Tupí. De 'mopú' o 'mupú', *expulsar. El expulsado.*
- Macunando.* Del tupí 'mocone', *tragar*, y la forma del gerundio en portugués. *Tragando, tragar.*
- Mucuruca.* La interpretación aproximada creo que sería la siguiente: Guimarães transforma en verbo y conjuga (tercera persona singular del presente de indicativo) el vocablo 'macurana', *víbora. Serpentea.*
- Mundéu, mundéu.* Tupí. De 'mundé', *trampa, celada*, y '-u', sufijo átono que forma el gerundio. *Emboscando-emboscando.*
- Munguitar.* Tupí. Es un aportuguesamiento de 'monguetá', *la conversación, la plática. Conversar.*
- Muñamuñá.* Tupí. De 'mu', *aliado, amigo, pariente, nación, raza*, y 'ñeenga', *hablar.* La vocal 'e' se cambia por una 'a' nasal. *Hablo mi lengua.*
- Muquirica.* Tupí. De 'moquirica', *hacer cosquillas. Cosquillea.*

Mururú. Tupí. De 'morurú', *poner a remojar, empapar, mojar*.
Lo húmedo.

Næt, næp. Tupí. De '-ændá', negación, *no*, y 't', apócope de 'tá', expresión de dolor o disgusto. 'M'p' es una onomatopeya que reproduce el ruido al beber. *No está mal*.

Næt, næt. Véase el caso anterior.

Ña-á. *Nha-ã* en el original. Tupí. De 'na', nasalización de 'já' o 'iá', pronombre de primera persona plural, y 'a', *he aquí*. Este jaguar, compañero de Mpú, *Expulsado*, se llama *Aquí estamos*.

¿Ña-hem? De 'na', como en el caso anterior, y 'eim', partícula interrogativa del portugués coloquial. Puede ser *¿nosotros, eh?* o *¿ellos, eh?*

¿Ñen? Forma interrogativa que el autor forma a partir de 'ñeengá', *hablar, decir*, y de la partícula interrogativa del portugués coloquial '¿eim?' *¿Qué dice?*

Ñengaba. Del tupí 'ñeengá', *hablar, decir*, y la desinencia verbal '-aba' ('-ava' en portugués). *Hablaba*.

Ño Ñuán Guede. Nombre del propietario de las tierras en las que vive el personaje. 'Nho', apócope de 'sinhó', *señor*, en el habla de los esclavos. Tendencia frecuente en la lengua tupí, 'Nhua' es 'Joao', *Juan*. El cambio de 'j' por 'ñ' es una nasalización y también una aliteración. 'Guede' por *Guedes*, un apellido usual.

Ñún. Lo mismo que *añún*.

¡Pá! Tupí. Afirmación, *sí*. Es una afirmación exclusiva del lenguaje masculino.

Paca. Tupí. Mamífero roedor, grande, de pelambre castaño y patas claras.

Panema. Tupí. Inútil, insensible, infeliz, sin suerte.

Peba. Tupí. Chato, chata, aplastado. *Chato*.

Peteca. Tupí. Golpear con la palma de la mano.

Petecara. Tupí. De 'peteca' (véase la nota anterior) y 'cara', *el que*. *El que golpea con la mano*.

Pinima. Tupí. *Moteado*.

Pipica. Onomatopeya, por *lloviznar*.

Pipura. Tupí. De 'póra', *habitante*. Dice Gonçalves Dias: "En todos estos ejemplos, la dicción 'pora' indica el que vive, lo que existe, pero con la existencia íntimamente ligada a un lugar u objeto determinado".

Pypora. Tupí. Lo que está en el pie, lo que vive en él. *Huella, rastro*.

Pirirí. Tupí. *Echar chispas*. Es una onomatopeya.

Piririca. Tupí. *Echar chispas, chamuscada*.

Pixuna. Tupí. *Cosa negra*.

Popore. Tupí. *Galope*.

Po-pu, po-pu. Tupí. De 'poru', *saltar*, y de 'poranga', *bello, bonito*. *El que salta bonito*.

Poranga suú-suú, jucá-iucá. Tupí. De 'poranga', *bello, bonito*; 'suú', *morder*, y 'jucá' o 'iucá', *matar*. *Bonito, muerde, muerde, mata, mata*.

Putuca. Tupí. De 'putuu', *descansar, reposar, aplacar*, y 'ca', partícula de uso masculino que indica una determinación. *Ya descansa*.

Puxuera. Tupí. De 'poxy', *torpe, feo, malo, asqueroso*, y 'era', *el que se llama*. *El que se llama el torpe*.

Querembaua. Tupí. De 'quereymbaba'. *Valiente*.

Quicé. Tupí. De 'quyssé', *cuchillo*.

Reincaanacé. Tupí. Guimarães encontró esta estructura en el vocabulario de Gonçalves Dias. De 'ré', *por qué, cómo*; 'iucá', *matar*; 'a', *yo*; 'ana', nasalización de '(s)ara', *lo que, por qué*; 'ce', *no sé*. *Por qué me matas, no sé por qué*.

Remuaci. Tupí. De 're', *por qué, cómo*; 'mu', *pariente, parentela, nación, raza*; 'a', *yo*; 'ci', *madre*. *Por qué, si tú eres mi pariente del lado de mi madre*.

- Rocó*. Tupí. Onomatopéyico. El ruido del agua.
- Sacapira*. Tupí. De 'çacapyra', *pico, punta*.
- Sacaquera, sacaquera*. Tupí. Ausencia, atrás, detrás. *Detrás, detrás*.
- Sacé-sacemo*. Tupí. Algazara.
- Sambaiba*. Tupí. Un árbol parecido al de la nuez de la India.
- Sapijara*. Tupí. Lo mismo que *tapijara*, vecino del lugar.
- Saracura*. Tupí. Designación general de varias aves acuáticas de la familia de las rálidas, que habitan pantanos, lagunas y ríos.
- Sariema culata*. Tupí. Gran ave de patas largas de la familia de los cariámidas.
- Seyusú*. Tupí. La constelación de Las Pléyades.
- Socó*. Tupí. Nombre de varias especies de aves de la familia de los ardeidas.
- Soroca*. Tupí. Romperse, rasgarse, rasgadura, cueva, grieta.
- Sosoca*. Tupí. Sobar, calcar, comprimir. *Sobaba o soba*.
- Suasurana*. Tupí. Animal carnívoros de la familia de los félidos. La suasurana no es un jaguar sino un tipo de gato montés, como el linco.
- Sucruíu o sucurijú*. Tupí. Una variedad de boa.
- Suí-suí*. Tupí. Morder.
- Tagoíba*. Tupí. Duende, fantasma, espanto.
- Tá-ha*. Tupí. 'Ta', apócope de la tercera persona singular del presente indicativo del verbo *estar*, muy común en el habla coloquial brasileña, y 'há' o 'já', lo mismo que 'ijá', *bien hecho*. La locución creada por Guimarães equivale a *está bien*.
- Tamandúá*. Tupí. Nombre de varios mamíferos que pertenecen al orden de los yénartos y que se alimentan de hormigas. Es un gran oso hormiguero.
- Tapijara*. Tupí. *Vecino del lugar*.
- Tarará*. Onomatopeya de un sonido fuerte y vibrante como el de un clarín.
- Tapuitama*. Tupí. De 'tapuia', *bárbaro, negro*, y '-ama', sufijo

- complemento circunstancial de lugar. *Lugar de bárbaros o lugar de negros*.
- Tatú-hu*. Tupí. De 'tatú', *armadillo*, y 'u', *comer*. *Armadillo para comer*.
- Tatacica*. Tupí. De 'tatá', *fuego, humo*, y el apócope de 'cican-táa', *brea, resina, hollín*. *Hollín de fuego*.
- Tataca*. Tupí. I. Crujido, ruido. II. Rana. Hay una especie de superposición de significados. Dice el texto: *es tataca de alguna rana*. En todo caso se puede traducir por *el crujido o el croar*.
- Teité*. Tupí. Infeliz. *¡Pobre!*
- Ti*. Tupí. Nariz, olfato.
- Tibitaba*. Tupí. Cejas. *Cejudo*.
- Tipoia*. Tupí. Proviene de 'tipói', designación tupí del vestido en forma de camisa sin mangas. *Tipóia* es una variante y fue incorporada al portugués de Brasil con el sentido de palanquín hecho de una hamaca.
- Tiquira*. Tupí. Gotear, gota, gotera.
- Tiss, naet, naet*. Tupí. 'Nœ', apócope de 'nda', *no*, negación; 't', apócope de 'tá', *espanto, dolor*; la expresión 'tiss' se explica por 'ti', que connota burla, mofa, escarnio, y 'sy', *madre*, en la cual, siguiendo la tendencia fonética del tupí, se desasimila la 'y' final y predomina el carácter consonantal. Así, resulta claro el sentido ofensivo de tan compleja expresión, que podríamos traducir aproximadamente por: *Injurio a su madre... no me duele o injurio a su madre, no me importa*.
- Tubixaba*. Tupí. Cosa grande.
- Tutira*. Tupí. Tío materno, hermano o primo de la madre, o hijo del tío materno. El jefe del clan materno al que pertenece el protagonista. Su padre, en un sentido institucional.
- Tuxa morubixa*. Tupí. Proviene de 'tubixaba', *cosa grande*. Se apocopan la segunda y cuarta sílabas. 'Morubixa', de 'moru-

bixaba', jefe, general, rey, también con apócope de la última sílaba. *Cosa de real grandeza.*

Uauaca. Tupí. De 'uauá', *luciérnaga*, y 'ca', partícula que se agrega para indicar la intención de hacer algo. *Como una luciérnaga.*

Ueué. Tupí. Onomatopeya por el sonido de la becacina, en el primer caso que aparece en el texto. El 'ué-ué' siguiente proviene de la interjección 'gué', de asombro, espanto o burla.

Uatauera. Tupí. De 'guata', *pasear, andar*; 'u', después de vocal, sufijo que conjuga y subordina, *era, nombre. El que pasea o descansa.*

Uiñúa. Tupí. De 'ui', *escaldar, quemar*; 'nhi', *campo*; '-a', sufijo que indica nombre. *La que escalda (quema o abrasa) el campo.*

Urucuera. *Urucú* en tupí. Arbusto de la familia de las bixáceas.

Urucueiro o urucuzeiro en Brasil. El árbol de bija en Argentina, el del achiote en México. De la semilla de su fruto se extrae una sustancia de color rojo que se usa en pintura y en tintorería y que los indios americanos usaban para pintarse. La frase de Guimarães, "la urucuera pió" es una metonimia (tan oculta está el ave, que parece ser el arbusto el que pía).

¡Xo! Tupí. Partícula negativa que se refiere al futuro. *¡Nunca más!*

Zuzune. Del portugués 'zunir', *zumbar*. Es una onomatopeya.

ÍNDICE

Prólogo	7
---------------	---

De SAGARANA

El burrito pardo	27
La hora y la oportunidad de Augusto Matraga	93

De MANUELZÃO E MIGUILIM

Campo general	143
---------------------	-----

De NOCHES DEL SERTÓN

Danlalalán (El deudor)	265
------------------------------	-----

De PRIMERAS HISTORIAS

Soroco, su madre, su hija	355
La tercera orilla del río	360
Nada y nuestra condición	367
El caballo que bebía cerveza	379

De
TUTAMÉIA

Desenredo	389
Melin-Meloso (Su presentación)	393
Causa de almirante	400
Siñá secada	404

De
ESTAS ESTÓRIAS

Mi tío el jaguareté	411
Glosario	455

Campo general y otros relatos, João Guimarães Rosa,
se terminó de imprimir y encuadernar en abril de 2013
en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA),
calzada San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F.

El tiraje fue de 1 200 ejemplares.